

CHANTAJE EN TOKIO



RALPH F. REMERY

CHANTAJE EN TOKIO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1956
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I

UN HÉROE MÁS



RA rítmico el rugido uniforme de los poderosos motores del avión que conducía, desde Washington a Tokio, al joven agente especial Tom Stuart.

Arrellanado en su cómoda butaca, dejaba vagar su mirada a través del cristal inastillable. Las islas orientales que desfilaban ante sus ojos parecían estar muy juntas unas de otras. Tal era el efecto que producían desde aquella altura.

Las mandíbulas del hombre trabajaban incansables masticando «chicle». Por la imaginación del «G-man»

desfiló vertiginosamente su ingreso en Quantico, después de

acabada la guerra. Aún no hacía setenta y dos horas que se encontraba en su casa de Nueva York, disfrutando ocho días de licencia, antes de incorporarse a su División en San Francisco, cuando recibió aquel aviso para que se presentase en Centre Street a la mayor brevedad.

Recordaba que fue recibido por el inspector Rawlins, uno de los más importantes colaboradores del jefe supremo, Hoover.

Durante un rato había estado dándole instrucciones. Y terminó por decirle que, por haber estado en Tokio y conocer el idioma, era por lo que le encargaba de un servicio que muchos veteranos le envidiarían.

Tampoco le ocultó que aquella misión estaba llena de riesgos y asechanzas. Pero que siendo nuevo en el

F. B. I.,

era probable que no se fijaran mucho en él.

Le entregó el dinero suficiente y le facilitó una documentación digna de quien en realidad había pertenecido: la de un «killer» que se pudría en Alcatraz por haber asesinado a uno de sus cómplices.

Y aquel mismo día se trasladó a la capital, donde en el National Airport tomó el avión que ahora le trasladaba al cosmopolita y milenarío Imperio del Sol Naciente.

—¡Prepárense; vamos a tomar tierra! —avisó una linda azafata.

Ya en el suelo, arrojó la goma de mascar y encendió un «Camel». Con el breve maletín de plástico en la mano, se dirigió a la Aduana, para cumplimentar las formalidades de rigor.

—¿Taxi, míster? —le ofreció un japonés, que en nada se diferenciaba en los miles que hay por el mundo.

—Sí, amigo —repuso, aceptando—. Al Seiyoken Hotel. Vamos despacio; quiero admirar Tokio. Hace bastante tiempo que falto de aquí.

El chofer dio una cabezada de asentimiento. Y de nuevo las pupilas grises del joven agente pudieron admirar las indudables bellezas que ofrece Tokio a los extranjeros.

Pasaban ahora bordeando el parque Shiba, el más popular de la capital nipona. Por encima de los árboles podía verse el templo de Beten, quizá el más antiguo de todos.

El parque y el temple estaban edificadas sobre una colina llamada Maduyama. Por esta razón era fácil poderles ver desde el

taxímetro.

El automóvil atravesó, sin prisas, las principales vías de Tokio, que en cuestión de urbanística nada tienen que envidiar a las más modernas de otros países europeos o americanos.

Pero lo que no observó Tom fue que, desde el momento mismo en que se apeó del cuatrimotor, un hombre, posiblemente tan americano como él, no le perdió de vista.

En la puerta del hotel se detuvo el coche. Un portero, embutido en un vistoso uniforme, le abrió la portezuela, descubriéndose respetuosamente.

El yanqui abonó la carrera y deslizó un billete en la mano del abre puertas. Tanto el taxista como el galoneado portero expresaron su gratitud, agrandando sus perpetuas sonrisas y pronunciando unas frases que Tom no oyó porque en cuatro zancadas llegó al «comptoir».

—¡Bien venido, señor! —saludó el empleado, untuosamente.

—¡Hola, amigo! Deseo una habitación. Y espero que pueda darme un baño.

—¡Claro, señor! Puede pedir lo que desee, señor. Aquí no tenemos más lema que servir al señor...

—Bueno; pare la jaca, amigo. La otra vez que estuve aquí tenían el mismo lema y, sin embargo, no tenían agua en la ducha. De manera que déjese de tanto señor y deme la llave.

—Sí, señor. Como quiera el señor. ¿Quiere firmar en el libro, señor?

Tom exhaló un suspiro de resignación y rubricó en el lugar que le señalaba el amarillento y puntiagudo dedo del empleado de recepción.

Cuando, acompañado de un «botones», se dirigía al ascensor, chocó con una mujer que llegaba de prisa, en sentido contrario.

—¡Perdone, señorita! —masculló, no muy convencido de que fuera él el culpable de aquella colisión.

—¡No tiene importancia! —Y continuó hacia la calle, perceptiblemente alterada.

Tom se volvió a mirarla. Pudo darse cuenta de que aquel ciclón con faldas era lo suficientemente atractiva como para reincidir con agrado.

La muchacha salió a la calzada, subiendo a un automóvil. El

yanqui dio un silbido y sacudió un papirotazo al «botones», que le miraba con aire pícaro.

—¿Quién es ese torbellino? —preguntó.

El japonesito guiñó uno de sus ojos acentuando la picardía de su sonriente rostro.

—El que algo quiere...

—Algo le cuesta, ¿no, tunante? —completó Tom, lanzando al aire una moneda, que el avispaado «botones» cogió sin dejarla caer.

—Así es, señor. Se llama Claire Fulton.

—¡Ajá! Y ¿qué hace en Tokio?

De nuevo guiñó el ojillo el chico.

—Las indiscreciones...

—Valen dinero —repitió el agente, volviendo a jugar con un dólar—. Esta vez no pasará la «pasta» a tu bolsillo hasta que me completen la información, ¡granuja!

—Es la sobrina del señor embajador de los Estados Unidos. Creo que escribe novelas y pinta cuadros. Viene de cuando en cuando a visitar al señor Fletcher, un millonario hospedado aquí.

El tonillo con que declamó estas frases le recordó a Tom la cantilena de los chicos cuando en la escuela cantan la tabla de multiplicar.

—Oye, chaval: ¿sabes lo que estoy pensando?

—Sí, señor. Que soy un... «tonante».

—Eso es, amiguito. ¿Como te llamas?

—Yogata Jones, señor. ¿Qué hay de la discreción? —preguntó, con el mismo desparpajo que lo haría un hamponcillo de Harlem.

El agente americano le metió un billete entre la chaquetilla del uniforme.

—Pasa a mi cuarto, Yogata. Creo que podremos ser buenos amigos. Siéntate por ahí mientras me ducho.

El muchacho obedeció, risueño. A pesar de ser japonés, aquel chico no tenía la tez amarilla. Solamente los ojos pequeños y oblicuos denotaban su origen.

Hablando a voces, pudo saber Tom que era hijo de japonesa y de americano. También se enteró de que su padre fue fusilado por los nipones durante la guerra, y que su madre había desaparecido en un campo de concentración.

—¿Quién te colocó en este hotel? —indagó el yanqui, mientras,

envuelto en un albornoz, se friccionaba la cabeza.

—La señorita Claire. Mi madre fue durante mucho tiempo sirvienta en la Embajada. Allí conoció a mi padre, que era chofer de un diplomático.

Mientras el agente sostenía esta conversación con el «botones», el millonario Benjamín Fletcher hablaba por teléfono.

—Escuche, Konoye —decía—: hace diez minutos que la chica ha salido para donde usted sabe. El mismo tiempo ha transcurrido desde que llegó el que esperábamos. Creo que esta noche me entregarán eso. Ordene lo que quiera respecto al recién llegado.

—De acuerdo, Konoye. Hasta mañana.

Colgó, sonriente. Con paso tranquilo se dirigió a una mesita, escanciando dos copas de «*whisky*» con soda.

—Todo marcha bien, Nadia —dijo, yendo a sentarse en un diván, junto a una mujer extraordinariamente hermosa.

Ella no contestó. Tomando la bebida que le ofrecía el americano, sorbió una pequeña parte. Con la copa en la mano se incorporó para coger un cigarrillo turco, que encendió con un enjoyado mechero.

Por un momento, su estilizada silueta se recortó ante el ventanal de vidrio esmerilado. Su acompañante no desaprovechó la ocasión de admirarla una vez más.

—¡Igual que una diosa! —exclamó, taladrándola con la mirada.

A pesar de que la sangrante amapola que era su boca enseñó los coralinos dientes en una sonrisa hechicera, por sus maravillosas pupilas, verdes jade, cruzó un destello de desprecio.

—Eres poco original, Ben —declaró la bella—. Parece mentira que seas inteligente. Me aburres con tu monótona adoración.

Dio unos pasos para alcanzar los guantes. Su cuerpo, espléndidamente formado, recordó al millonario la ondulante eurtimia de una pantera.

Aquella mujer se sabía bella, y no perdía ocasión de lucimiento.

—Hasta luego, Ben —se despidió—. Te veré en la fiesta de la Embajada. No olvides presentarme a esa cándida paloma.

Salió, dejando tras ella una estela de perfume penetrante, que tardaría en disiparse.

Benjamín Fletcher entornó los ojillos cerdunos. Dejando la copa a sus alcances, cruzó las gordezuelas manos sobre el adiposo

vientre, y se dedicó a soñar despierto, espoleado por el sensual perfume de heliotropo que había dejado la hermosa visitante.

—Me costará millones, sí; pero... ¿será mi mujer! ¡Me ha embrujado esta belleza! —pensó en voz alta.

Cuando Nadia Welinsky, aristócrata rusa, exilada en Tokio, cruzaba ante la habitación 120, la puerta se abrió, para dar paso al simpático «botones», que se despedía de Tom.

Fue la pituitaria del

«G-man»,

la que le avisó de la proximidad de la condesa. Aquel aroma le hizo volver la cabeza.

—¡Psiiis..., psiiis! —Silbó, como haría cualquier marinero de la escuadra, de cruzarse en pleno Brooklyn con Marilyn Monroe.

Nadia no pudo evitar una sonrisa al observar la mirada sorprendida del muchacho. Claro que también influyó el aspecto del yanqui. Estaba envuelto en un albornoz amarillo rabioso y con los rubios cabellos caídos sobre la cara.

Sin hacer caso de la admiración del joven, se metió en el ascensor. Una vez dentro, pensó que todos los americanos eran igualmente sinceros.

Ya en la calle, subió a un espléndido «Buick» descapotable, que se deslizó silencioso por la asfaltada rúa. Inmediatamente, otro automóvil se puso en marcha, siguiendo el mismo itinerario que el elegante «Buick».

Los dos coches atravesaron el enarenado paseo del parque Dango Zatá, sin detenerse a admirar las casetas donde está instalada la permanente exposición de crisantemos.

Al dejar atrás los humildes barrios extremos de Tokio, surgió ante Nadia el pueblecito de Odavara, localidad ésta que no es más que una ciudad satélite de Tokio.

Ante un edificio algo más grande que los demás, se detuvo el coche. Nadia se apeó, entrando en la casa y siendo recibida por un criado japonés, que la saludó con una reverencia.

—Su excelencia espera a la condesa en la biblioteca —anunció es correcta inglés.

No se dignó contestar. Siguió al lacayo hasta donde se encontraba el dueño de la casa.

—Mi humilde casa se siente honrada con su presencia, hermosa

Nadia —dijo el anfitrión, mientras besaba, galante, la mano de la condesa.

Aquel hombre vestía a la usanza nipona y, no obstante, se expresaba y comportaba como el más caracterizado «*gentleman*».

—Gracias, Konoye —sonrió la rusa blanca—. He venido para que nos pongamos de acuerdo. No puedo estar mucho. He de prepararme para la recepción que esta noche ofrece la Embajada norteamericana.

La sonrisa del nipón se hizo más expresiva al contestar, sin cambiar el tono de voz:

—Siéntese, espléndida Nadia. Cuando yo juzgue oportuno el que se marche, lo hará. Mientras tanto me será placentero que acepte una taza de té.

Aquel hombre no demostraba enojo. Por el contrario, su acento parecía más bien de súplica. Pero la bella condesa debía de conocer bien el sinuoso carácter del hombre, por cuanto no osó replicar. Se despojó de los guantes para ocupar una silla. Tampoco se permitió algunas de las frases hirientes que tanto empleaba con Fletcher.

El japonés golpeó un batintín de plata. El criado entró, empujando un carrito, sobre el que conducía un rico juego de té.

—Retírate; nos serviremos nosotros mismos.

Nadia fumaba distraída, con aire de tedio. Pero sus pensamientos eran contrarios a su expresión. Comprendía que el japonés era más fuerte que ella. Con aquel individuo no le valían sus artes de seducción. Konoye constituía el caso de frialdad más grande que ella había conocido.

—No es bueno adoptar gesto de aburrimiento y pensar otra cosa —opinó el nipón, con su reflexiva voz.

Las esmeraldas que eran los ojos de Nadia no pudieron evitar la sorpresa que se reflejó en ellos.

—¡Es usted admirable! —Aduló, cambiando de táctica.

Konoye tomó un cigarrillo.

—Tampoco con alabanzas a mi pobre talento conseguiré nada, bella Nadia —aclamó, mientras servía el té—. ¿Muy dulce?

—Dos cucharadas —dijo—. ¿Cuáles son sus órdenes? —agregó, empezando a perder el dominio de sus nervios.

El hombre amarillo no contestó en seguida. Con la misma naturalidad que usaría de estar solo, bebió el brebaje

despaciosamente.

—El té en este pueblo es casi un rito, querida condesa. Hay que degustarlo con tranquilidad —comentó, a guisa de excusa.

La rusa no pudo contener ya su impaciencia:

—¡Pues tómese en un mes, si le parece! ¡Yo me voy ahora mismo!

Aplastando el cigarrillo en el cenicero, se incorporó con violencia.

La voz del nipón no varió al decir, con suavidad:

—¿Por qué pierde la compostura, Nadia? ¿Qué son unos minutos en la vida de una persona? Si usted se marcha ahora, echará a rodar el negocio que estamos realizado. Y puede que lo lamente —terminó, con un matiz muy particular en la última frase.

—¿Me está amenazando, Konoye?

—Escuche, bella condesa: un «samurái» [1] no amenaza nunca. Y menos a una dama. Advierte solamente. ¿Comprende, amiga mía?

Nadia volvió a sentarse. Con fingida serenidad, prendió otro cigarrillo.

—Le comprendo. Bueno; hablemos claro. ¿Qué esconde tras sus habilidosas palabras?

—Yo no escondo nada, condesa. Usted es quien oculta, mejor dicho, quien trata de ocultar su verdadera personalidad.

Ahora sí que fue cierta la sensación de peligro que experimentó la rusa.

—No le entiendo, Konoye. ¿Qué quiere insinuar?

De nuevo se paralizó la conversación. El «samurái» cruzó los brazos sobre el pecho.

—En contra de mi costumbre, voy quizá a ofenderla —dijo, mirando fijamente a su interlocutora—. Usted es, simplemente, una agente soviética.

—¡Pero...!

—No se esfuerce, querida amiga. Existe, desde luego, la condesa Nadia Welinsky; pero la pobre está en Siberia. Sus compatriotas la han aleccionado bien. Usted es cierto que representa su papel con desenvoltura, pero a mí es más difícil engañarme que a esos confiados yanquis.

—¿Cómo ha podido descubrirme? —interrogó, estupefacta.

—Querida «condesa»: debe saber que tengo sesenta años.

Durante casi cuarenta he pertenecido al servicio de información. ¿No cree que tengo motivos para investigar acerca de las personas que trato?

—Sí; pero yo le fui presentada por su íntimo amigo...

—Ya, ya. El pobre está ahora con sus antepasados.

—¿Fue usted quien mandó asesinarle?

—¿Por qué emplea palabras tan desagradables? Simplemente, le ejecutaron, como suele hacerse en todos los países del mundo con los traidores.

La rusa movió la cabeza, dubitativamente.

—Pues la Prensa divulgó la noticia de que se había suicidado —indicó.

—Era un «samurái», Nadia. Le convencimos para que se hiciera el «harakiri»[2]. Yo actué de «kaishaku»[3]. Después nos fue fácil que el «Chiba Simbu», nuestro más importante periódico, lo publicase.

—Y ¿por qué no me lo dijo a mí?

—No había llegado la ocasión. Hoy, sí. Porque esta noche es posible que esos documentos estén en su poder. He querido contárselo para evitarle la tentación de traicionarnos. A usted le ocurriría cualquier «accidente».

—No tema, Konoye. Jugaré limpio.

—Le conviene, condesa. De lo contrario, puede que su bello cuerpo sea encontrado putrefacto en el río.

Nadia conocía de sobra a aquel hombre, para echar en saco roto su amenaza.

En realidad, a ella le importaba un bledo su patria. Se había acostumbrado a la vida fastuosa, y no pensaba volver a Rusia jamás. Si trabajaba con Fletcher y Konoye, era porque sabía que con ellos conseguiría los dólares suficientes para seguir el tren de vida que llevaba.

—Se me olvidaba decirle que hay que eliminar a ese agente yanqui que ha llegado. Esos hombres del

F. B. I.,

son peligrosos —indicó la rusa.

—Creo que ni usted ni Fletcher me han comprendido. Yo no... «elimino» más que a los traidores a mi patria. Ese policía es cosa de ustedes, amiga mía.

—Está bien, Konoye. Si no dispone nada más, me voy.

—Adiós, condesa; luego nos veremos en la fiesta.

Volvió el japonés a batir el pequeño «gong». Cuando entró el criado, el dueño de la casa le ordenó que acompañara a la señora condesa.

Una vez solo, se dirigió al
«kito-jo»

[4], para rogar a «Amaterasu», por el emperador y por el bien del Japón. Nadia recorrió el mismo itinerario. Aunque esta vez se detuvo en el parque Dango-Zata para admirar la exposición de flores.

En una de las minúsculas tiendecitas compró un ramillete de claveles enanos, rociados con heliotropo. Éste era el perfume intensísimo que ella empleaba. Al ir a abonar las flores, oyó a su lado una voz varonil, que decía:

—Permítame que la invite, señora condesa. Una flor no debe pagar otra menos bella.

La cara del americano, porque indudablemente lo era, le pareció conocida.

—Creo que le he visto en otra ocasión, ¿no? —indagó, autorizando la invitación con una sonrisa.

—¡Buena fisonomista, condesa! Me ha visto hace unas horas y desgreñado.

—¡Ah! Usted es... ¡el del silbido!

Los dos rieron durante un momento.

—Sí, condesa. Y no le extrañe esa demostración de entusiasmo. Si la llegan a ver por la Quinta Avenida, se oyen los silbidos en Chicago. Creo que si se dejase caer por Hollywood, tendrían que licenciar a todas esas «wamps» que presumen tanto, y que...

Tuvo Nadia que frenar al impetuoso
«G-man»:

—Bueno; ¿quiere decirme quién es usted?

—Me llamo Thomas Stuart; usted llámeme Tom, y he venido a ver si puedo ganar dinero en el Japón. Estuve aquí después de la guerra, y conozco bien esto. Ya sé que usted es la condesa Welinsky, y que no puede regresar a Rusia. Esos soviéticos son más tontos que una banda de pingüinos. Sí —continuó, sin dejar intervenir a Nadia—, porque una beldad como usted debían tenerla los soviets en la

plaza Roja, para poner los dientes largos a los turistas.

—¿Y si me enfriaba? En Rusia nieva mucho.

—¡Ni hablar, condesa! Sus ojos son capaces de derretir un iceberg.

De nuevo rió, complacida, Nadia. Le había sido simpático el muchacho, por su desparpajo. Además, pudo comprobar que era un gran tipo de hombre. Tendría unos veintitantos años, y no menos de seis pies de estatura. Sus anchos hombros sostenían una cabeza de pelo rojizo. Y su cara, de ojos grises, era varonilmente atractiva.

—Tengo que retirarme, Tom. He de ir esta noche a su Embajada, y aún no me he arreglado.

—Pues allí nos veremos, condesa. Prométame un par de bailes y la dejaré marchar —dijo, sin soltar la mano que ella le había tendido.

—Prometido, amigo mío —accedió, gustosa.

Stuart se echó el sombrero hacia la coronilla y, con los brazos en jarras, la siguió con la vista hasta que el coche se perdió en el tráfico.

Cuando el «Buick» desapareció, el agente especial siguió su paseo por el parque, solazándose con el bello atardecer, que ponía una nota de alegría en el juvenil espíritu del hombre del F. B. I.

Se dijo que, efectivamente, la vida era agradable. Aquel parque, impregnado de mil aromas y del canto armonioso de mil pájaros, invitaba a vivir. Y si después añadía el «flirt», al parecer seguro, de aquella hermosísima mujer, su existencia se deslizaría como en un carro de placer. Recordó que el inspector le había dicho que era un servicio que le envidiarían los veteranos, y sonrió. ¡Ya podían envidiárselo! También le vino a la memoria que le avisó del mucho peligro que correría. «¡Bah! —pensó—. ¿Quién podría atacarme? Nadie conoce mi calidad de agente especial. Todos me creen un despreocupado americano que visita el Japón por mero turismo».

Sin saber por qué, rememoró su pasado. Sus años de guerra en los «marines» y siempre unido a su hermano Pat. ¡Qué valiente y sereno era su hermano! No olvidaba aquella vez en la jungla birmana. Él fue sorprendido por una patrulla japonesa y herido de varios balazos. Ya se daba por muerto, cuando apareció Pat, disparando su subfusil como una furia desencadenada. Seis «japs»

cayeron en menos que se tarda en contarlos. Los dos restantes atacaron con sus bayonetas. Pat tomó el arma por el cañón y rompió la cabeza de uno, de un solo golpe. El otro lanzó un feroz insulto en su idioma, al tiempo que trataba de clavar su cuchillo de guerra en el vientre de Pat. Éste sólo hizo un leve movimiento esquivando. Después le agarró por el fondillo del pantalón con una mano y por el cuello de la parda guerrera con la otra, y como quien tira lejos de sí un objeto de poco peso, estrelló el cuerpo del japonés contra un árbol.

¿Qué sería de Pat? El rostro del agente se ensombreció. Hasta él habían llegado noticias poco halagüeñas, relativas a su hermano. Parecía ser que andaba en malas compañías. Se le había visto con frecuencia con «gangsters» y tipos fichados. Hasta entonces no se le había podido probar nada; pero era evidente que no tardaría mucho en caer en manos de la Policía...

De su abstracción le sacó la presencia de tres tipos sospechosos. Quiso ponerse en guardia, pero no llegó a tiempo.

—Estese quietecito, «gato» —ordenó uno de ellos, mientras le clavaba el cañón de un revólver en los rizados.

—¡Vaya, si es un compatriota! —repuso, sin perder la calma.

Notó que unas manos diestras le cacheaban, despojándole de la cartera y de la «Luger».

La tarde había caído del todo. En aquel rincón del parque Dango-Zata la visibilidad era harto precaria.

—¡Vuélvete, «gato», y no hagas tonterías! —volvió a ordenar el que parecía el jefezuelo.

Entonces pudo ver el americano que se trataba de dos blancos y un nipón.

—¿Un atraco? —preguntó, tratando de buscar una salida.

—Sí; pero el botín es doble: tu cartera y... ¡tu vida! —afirmó el «gángster». Toma: lee esto antes de que te demos el «pasaporte».

Tomó el

«G-man»

el papel y pasó la vista por lo escrito. De sus labios brotó una maldición. Fue el último sonido humano que emitió en este mundo. Cayó acribillado a balazos, con el papel estrujado en la mano derecha.

—¡A largarse tocan, compadres! —indicó el que llevara la voz

cantante.

Sin muchas prisas, desaparecieron. El silenciador de las armas impidió que se oyeran los criminales disparos.

Y en el bucólico parque japonés quedaba el cadáver de un héroe más, de los muchos que tiene en su haber el famoso

F. B. I.



**¿EL MEJOR REGALO PARA SU HIJO?
¡UN ALBUM DEL F. B. I!**

Magníficamente ilustrado y con textos interesantísimos,
por describir los métodos científicos de los agentes
especiales.

DE VENTA EN QUIOSCOS. A CUATRO PESETAS

II

EL HERMANO DEL «G-MAN»



L inspector Rawlins aguantó el rapapolvo con toda entereza. Comprendía que su jefe tenía razón para estar enojado.

No debía haber mandado a Stuart a Tokio. El creyó que por ser nuevo no sería conocido en los medios delincuentes de la capital del Japón.

El zumbido del dictáfono le hizo olvidar sus pensamientos. Movi6 la palanca y escuchó.

—Inspector: un hombre que se niega a dar su nombre desea hablar con usted —informó la secretaria.

—¿Eh? ¡Que pase! —accedió, sin saber por qué.

Abrió el cajón de la mesa y descansó la mano sobre la culata de su «Luger».

El hombre que entraba tenía algo en su rostro que al inspector le hizo recordar a alguien conocido.

—Buenos días, inspector —saludó, fríamente—. Deje en paz la pistola. Vengo desarmado. Me han cacheado antes de entrar.

—¿Quién es usted, y qué desea? —repuso, también serenamente, pero intrigado.

—¿No me invita a que me siente? Creo que el ser del
F. B. I.,
no estará reñido con la cortesía.

Mientras hablaba había sacado una cuartilla, que entregó a Rawlins.

El inspector leyó, interesado. Al terminar sonrió. Las palabras que pronunció no estaban en consonancia con su actitud, del todo amistosa:

—No tengo tiempo para atenderle ahora —dijo—. Vuelva mañana, si quiere.

—A su gusto, inspector. Le veré otro día.

Salió el desconocido, cerrando la puerta tras él.

Rawlins volvió a leer el papel. Decía lo siguiente:

«¿Por quién supieron en Tokio que Tom Stuart era un “G-man” en comisión de servicio? Cerca de usted hay un traidor. Vaya a visitarme al Brighton Hotel, Ciento Cuarenta y dos end Street. Soy el hermano de Stuart y quiero hacerle una proposición».

—Voy a casa, Hellen —comunicó a su secretaria—. Volveré pronto. Si viene alguien, que espere.

La calle Ciento Cuarenta y Dos estaba situada en el Harlem negro. El inspector tomó un taxi, que le dejó en medio de la angosta calle, por la que pululaban infinidad de gentes de color. Los chiquillos, semi desnudos, correteaban jugando. Muchos de ellos iban provistos de patines, y atropellaban a los viandantes, sin preocuparse de pedir disculpas siquiera. Aquellos desvergonzados nutrirían después

Sing-Sing,

Alcatraz y demás penales de Norteamérica.

Esquivando a los patinadores, fue mirando las casas, hasta encontrar un edificio de feo aspecto. En el balcón, un letrero decía: «Brighton Hotel. Confort y economía».

Ante el sonriente negro que oficiaba de encargado, preguntó el inspector:

—¿El señor Stuart?

—Sí, «señó». Le está esperando. Primer piso, número quince.

Ascendió la desvencijada escalera. Fue pasillo adelante, mirando los números. Al final encontró el que buscaba. Dio unos golpes, y la puerta le fue abierta por Pat Stuart.

—¡Adelante, amigo! —invitó Pat.

El cuarto era digno del tabuco que se titulaba hotel. Una cama de hierro, dos sillas y un jofaina, eran todo el moblaje.

El hermano del agente asesinado cerró la puerta, echando la llave.

El inspector le observó con disimulo. No podía negar su parentesco con Tom. Eso que vulgarmente se llama aire de familia, le identificaba. Quizá fuera Pat algo más corpulento. Había, no obstante, en su cuerpo musculoso de líneas atléticas, los mismos movimientos, algo más reposados en el mayor. E incluso los gestos de Pat recordaban, a Rawlins, los del agente. Desde luego, el que ahora recibía la visita del inspector era un hombre en la plenitud de sus facultades, con más dureza de carácter y más frío de temperamento. Más «vívido», en una palabra.

—Escuche, inspector —habló Pat, con voz queda—: no voy a negarle que hasta hoy he llevado una vida algo agitada. Quizá haya rozado la Ley en algunas ocasiones; pero no he cometido nada irreparable. Yo sabía que mi hermano moriría como murió. Era un romántico. Como la mayoría de los excombatientes de su edad. Hasta creo que una vez le dije que anduviera con cuidado. Cuando en el mundo existen canallas que no sienten escrúpulos a la hora de ganar un puñado de dólares, no se puede uno andar con romanticismos.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo. Rawlins la aprovechó para decir:

—Tiene razón..., en parte. Los que defendemos la Ley no podemos dejar de ser, ciertamente..., románticos, por emplear su

adjetivo. El Código penal establece con claridad que no hay delincuentes sin pruebas fehacientes de que lo sean. No podemos ir por el mundo disparando las pistolas sobre todos aquellos que nos parezcan criminales. Ésa es la ventaja que ellos tienen sobre nosotros. Los delincuentes saben con certeza que los policías son sus enemigos, y pueden atentar contra nosotros, porque les consta que cada uno que eliminan constituye un contrincante menos.

—Le comprendo, inspector. Pero no le he rogado que venga para que discutamos sobre ética policial. Si quiere seguir escuchándome, haga el favor de no interrumpirme.

George Rawlins se arrellanó en su silla, dispuesto a escuchar hasta el final. Presumía que aquel hombre iba a proponerle algo importante.

—Le repito que no soy un santo. He tenido tratos con maleantes más o menos conocidos de la Policía, y sé cómo se comportan. Hay «boss» que, como ustedes, tienen sus confidentes. No sé quién es el que en el Japón dirige este asunto; pero es indudable que allí supieron que mi hermano iba a trabajar contra ellos. No me pregunte cómo me he enterado, pero sé que en el Japón ocurren cosas raras, delictivas. Drogas, trata de blancas; espionaje, etcétera. Confórmese con lo que le diga. Yo he ganado dinero bordeando el Código. Puedo, sin embargo, jurarle que no he cometido ningún delito de sangre. Pues bien: al enterarme del asesinato de mi hermano, he decidido descubrir a los autores y entregarlos al

F. B. I.,

para que paguen en la «silla», o en «cámara», la vida de Tom. ¡Y como hay Dios que lo haré!

—Sí; pero...

—Le pedí que no me interrumpiera, inspector. Oiga hasta el final, y luego me contesta —apenas hubo transición, cuando añadió —: Lo que voy a proponerle creo que, a pesar de todo, es factible. Aunque no pertenezco al Federal Bureau of Investigación, estimo que usted, como jefe de este servicio, puede proveerme de algún documento que me autorice para intervenir. Si no estoy equivocado, ya se ha hecho otras veces. Y dadas mis cualidades y el crédito que tengo entre los «gangsters», es muy posible que en poco tiempo acabe con esa gentuza. Desde luego, he de advertirle que emplearé ciertos métodos no muy ortodoxos, pero dignos de semejantes tipos.

Y ahora, inspector, puede decirme cuanto quiera.

Rawlins comprendió que el muchacho tenía casi toda la razón, y que era natural que pensase de aquella forma. Tom había sido para su hermano como un hijo.

—Todo eso —apuntó el inspector— está bien. Claro que usted, amigo Pat, lo ve a través de un prisma especial. El pobre Tom era un chiquillo cuando ustedes quedaron huérfanos. Al terminar la guerra, era ya un hombre, aunque más valiente que reflexivo. Usted ha seguido siendo el mismo de siempre. Porque siempre ha sido más materialista y cerebral que idealista. Por eso no aprobó usted que su hermano ingresara en el

F. B. I.

—No lo niego —intervino Pat—. Mi pobre hermano era el hombre más valiente y leal que hayan podido tener ustedes. Pero era también impetuoso, inconsciente. No comprendía que el luchar con los «gangsters» no era igual que batirse en la guerra. Cuando yo se lo quise hacer ver así, se rió, diciéndome que yo era un padrazo. En fin, eso no tiene remedio ya. Lo que persigo ahora es que los asesinos paguen sus culpas. Para ello estoy dispuesto a cualquier cosa.

—¿Incluso a tener paciencia? —indagó Rawlins.

Pat se incorporó, yendo a mirar por el balcón. Ya la noche caía sobre la gran metrópoli, y las luces fluorescentes sustituían a los rayos solares.

—Depende de lo que usted entienda por paciencia —contestó—. Si no es mucho tiempo...

—Simplemente, el que dure el próximo curso en Quantico. Si usted quiere intervenir en la destrucción de esa banda, no tendrá más remedio que hacerse del

F. B. I.

—Sí; pero yo...

—Ahora soy yo quien le ruego que me escuche sin interrumpirme —ofreció un cigarrillo a Pat, y continuó—: Sus andanzas en Nueva York son conocidas de nosotros desde que su hermano solicitó el ingreso en nuestro Cuerpo. Como bien ha dicho, no ha cometido nada irreparable. Dado su historial en la guerra y sus envidiables cualidades físicas y mentales, con un pequeño empujón que yo le dé, puede entrar en Quantico. Estoy convencido

que usted será un extraordinario miembro del

F. B. I.,

y que lo defenderá con el mismo ardor que puso en la pasada campaña. Si acepta mi proposición, le prometo que haré cuanto pueda para que sea enviado al Japón. En caso contrario, no le permitiremos que intervenga. Puede pensarlo hasta mañana.

—Oiga, inspector: todos los

«G-men»

que han salido de Quantico, ¿son tan «voluntarios» como yo?

—¿Quiere decir que accede? —retrucó Rawlins.

—¡Naturalmente! ¡A buena hora dejo yo que otro venga a Tom!

—hizo una pausa, y añadió, sonriendo—: Usted vino aquí a oír una proposición mía, y resulta que soy quien acepta la de usted. ¡Vivir para ver!

—Eso, Pat, vivir —dijo el inspector, estrechando la mano de Stuart—. Tenga cuidado con su vida. Recuerde aquello de «No vive el leal más de lo que quiere el traidor».

—Yo soy perro viejo, inspector.

Austin Jefferson, el jefe diplomático yanqui en la capital del Mikado, conversaba con el «samurái» Taiko Konoye en su despacho particular.

Era la noche de la recepción a la que no pudo asistir Tom Stuart, por haber sido asesinado en el parque Dango-Zata.

Sus salones de la representación diplomática ofrecían un fantástico aspecto. Los jardines habían sido iluminados vistosamente. Por doquier veíanse camareros portadores de bandejas repletas de bebidas y aperitivos.

En el «hall» se había improvisado una pista de baile, que animaban sin interrupción dos magníficas orquestas. Los uniformes de gala de las fuerzas del

S. C. A. P.,

[5] contrastaban con los lujosos atavíos de la aristocracia nipona, que por un prurito democrático, ejemplarizado por su emperador, no tenía inconveniente en fraternizar con los vencedores. Las etiquetas de algunos caballeros palidecían ante los costosos y atrevidos trajes de noche del elemento femenino, que se adornaba con sus mejores joyas.

El señor Jefferson no podía contener su ansiedad. Ya hacía tiempo que debía haber llegado el agente que esperaba. Casi mecánicamente contestaba a las frases de cortesía que le brindaba el honorable Konoye.

Su secretario entró en aquel momento dando muestras de agitación. Al ver que el diplomático no estaba solo trató de excusarse.

—¡Perdone, señor, creí que no había nadie!

—No se vaya —rogó Konoye—. Comprendo que el cargo que ocupa el señor Jefferson no es muy cómodo. Yo voy a salir a charlar con otros amigos.

Poniéndose en pie se dirigió hasta la puerta, acompañado del diplomático.

—Disculpeme, señor Konoye. Después seguiremos charlando.

El «samurái» inclinó la cabeza, sonriente, con aire comprensivo.

—¿Está allí ya? —preguntó el embajador una vez cerrada la puerta.

—No, señor. Ha sido encontrado muerto, acribillado a balazos en un parque. Tenía este papel en la mano.

—¡Imposible! ¡Si sólo sabíamos su llegada tú y yo! —clamó sorprendido.

El embajador se dejó caer en una butaca con aire abatido. Su secretario dejó sobre la mesa el papel, y nerviosamente sirvió a su jefe una copa de «*whisky*».

—Tome, señor. Lea esa nota.

Sin saber del todo lo que hacía, obedeció el diplomático.

—¡No lo entiendo, Blake! —indicó—. ¿Qué significa esto?

El escrito era breve, pero sustancioso:

«Lamento que no pueda usted bailar conmigo esta noche. Sospecho que cuando la fiesta se celebre, su cuerpo no estará en condiciones de bailar. ¡Buen viaje, idiota!».

No llevaba firma y estaba escrita a máquina.

—Le encontraron en la exposición de flores con ocho balazos en el pecho. Tenía esa cuartilla en la mano. Debieron dispararle con silenciador, puesto que nadie oyó las detonaciones —explicó Blake.

—¡Sí, sí! Pero ¿cómo sabían quién era? —dijo el embajador,

golpeando con los puños sobre la mesa.

—Quizá se confió a alguien —apuntó el secretario—. O alguna indiscreción.

—¡Imposible! Los hombres del
F. B. I.,

no cometen indiscreciones. Cerca de nosotros hay un traidor. ¡Un cochino espía que nos está vendiendo! Acuérdate de que hace unos meses robaron de mi caja el tratado de las bases de radar. No era del todo importante. Pero el microfilm de los trabajos nucleares que se están efectuando en... donde tú sabes, es de capital interés para cualquier potencia. Y ese

«G-man»

venía para llevarlo a Washington. Nadie fuera de tú y yo lo sabía...

—No se desespere, señor. Creo que debemos comunicar lo ocurrido para que nos den instrucciones.

El diplomático se apoyó la cabeza entre las manos y se sumió en hondas reflexiones.

No encontraba explicación lógica a lo ocurrido. No podía sospechar de su secretario, puesto que lo conocía desde niño. Era hijo de un viejo amigo, y consideraba casi imposible que le traicionase. ¿Quién podría ser? Pasó revista a todos los de la casa, sin poder encontrar un presunto culpable.

Los demás empleados no sabían nada de aquello; por consiguiente, ninguno podía ser responsable. En cuanto a la familia, sólo se componía de su esposa y su sobrina Claire. Ninguna de las dos se mezclaba en nada e ignoraban todo.

—Tienes razón, Blake. Cuando termine la fiesta enviaré un cable a Washington. Salgamos ahora para evitar que nadie se percate. Tenemos que disimular ante los invitados.

La noche transcurría agradablemente para la elegante pléyade concurrente. Por todos sitios veíanse grupos que se solazaban, comentando lo ameno de la reunión.

En aquel momento sonó un redoble de tambores que tuvo la virtud de silenciar todas las conversaciones. Las luces del «*hall*» se extinguieron por completo. De los ángulos del salón surgieron rayos de potentísimas luces multicolores, que al iluminar el «*parquet*» dejaron ver seis figuras recogidas sobre sí mismas, con las cabezas inclinadas y los brazos extendidos. Su quietud era absoluta. Daban

la impresión de seres inanimados.

Repentinamente dejóse oír una música suave, argentina, casi irreal. El original «*ballet*» inició una extraña danza de marcado sabor nipón. Las «*geishas*» mostraron sus rostros maquilladísimos y, no obstante, hermosos. Lucían altísimos peinados en forma de cola de pavo real y rutilantes adornos. Vestían lujosos quimonos ajustados a sus esculturales cuerpos, orlados en la espalda con grandes lazos, en formas de mariposa. Calzaban minúsculos zapatos de elevados tacones, con incrustaciones. Mantenían los brazos enhiestos, con las manos, de uñas laqueadas, abiertas, y las palmas hacia dentro. Al conjuro de la extraña melopea que interpretaban los «*samiens*», las «*geishas*» movían rítmicamente las caderas, de manera tan rara, que los espectadores se sentían enervados. Les producía la sensación de que eran seis serpientes agitándose acompasadamente, notando en su ánimo una extraña mezcla de voluptuosidad y superstición.

Todos los misterios del milenario Imperio del Sol Naciente se explicaban admirando aquella danza y oyendo su música suave y armoniosa.

Poco a poco fueron extinguiéndose las notas de los «*samiens*». Y las danzantes tornaron a su primera postura.

Entonces se dejó oír otra música, también extraordinaria. Se trataba de un solo instrumento, más dulce aún: el «*wiba*». De nuevo comenzaron las «*geishas*» a bailar. Ahora la danza tenía estética y armonía. No producía la rara sensación de la anterior.

Una voz femenina y privilegiada interpretó una canción sentimental, que hablaba de castos amores y almendros en flor, mientras las bailarinas se deslizaban ajadamente, ejecutando un maravilloso número de «*ballet*» clásico nipón. Las últimas estrofas constituían una acción de gracias a «*Amaterasu*», el dios grande del Sol, por haber consentido aquella fiesta. Fue el final del extraordinario espectáculo. Al iluminarse el «*hall*», una de las orquestas interpretó un movido «*mambo*».

—Indudablemente son grandes estos orientales —comentó Fletcher con la condesa.

—Parece que te ha gustado la danza. ¿Sabes lo que significa ese baile?

—No, ni me importa. Lo único que sé es que se mueven mejor

que la Josefina Baker en sus mejores tiempos: Y que tienen unos cuerpos que para sí quisieran muchas «estrellas» de la Metro. ¡Ja, ja!...

La mirada de Nadia destilaba tal desprecio, que hizo que el millonario dejase de reír su propia gracia.

—Cada día eres más desagradable —le insultó—. Esas pobres mujeres sólo son unas desgraciadas. Has de saber querido Ben, que la palabra «*geisha*» quiere decir bailarina, y tiene en el Japón dos significados. Uno es ése, el de danzante, y el otro, el de... esas mujeres que tú estás acostumbrado a tratar.

No se enojó mucho el yanqui. Con tono un poco alterado, pero sin perder la compostura, para que no se percataran los demás invitados, repuso:

—A ti también te trato, Nadia. Y no creo que tengas que envidiar mucho a esas «*geishas*». Ellas hacen esa vida por necesidad, y tú...

Los verdes ojos de la rusa centellearon. Haciendo un poderoso esfuerzo, sonrió.

—Ya discutiremos otro día. Anda, preséntame al embajador y a su sobrina.

Ben, a pesar de todo, estaba enamorado de su cómplice y se arrepintió en seguida de sus palabras.

—¡Perdona, querida! Perdí los estribos con tus burlas.

La sonrisa de la condesa era similar a las de las hienas cuando descubren la carroña que les sirve de alimento.

—De nada, hombre. Y repórtate; se van a dar cuenta de la cara de carnero degollado que pones.

El señor Jefferson charlaba en un grupo en el que no faltaba el «samurái» Konoye.

—Señor embajador —pidió Fletcher—: quiero presentarle a la condesa Welinsky.

El diplomático miró a la rusa. No ocultó la impresión que su belleza le causaba. Tomando la mano que ella le tendía con gesto amistoso, exclamó, mientras la besaba con respeto:

—Es un honor, condesa. Había llegado hasta mí la fama de su hermosura. Ahora que tengo el placer de verla, creo que todos se quedaron cortos. Permítame que le diga que es la mujer más encantadora que recuerdo.

—Gracias, señor embajador. Y usted es el diplomático más galante que he conocido.

Jefferson presentó la condesa a sus amigos. Al tocarle el turno a Konoye, dijo:

—Éste es el barón Konoye. Uno de los «samuráis». Es decir, de la rama de la aristocracia nipona.

—Después de lo dicho por mi amigo el honorable señor embajador, sólo puedo agregar, condesa, que el venturoso mar que baña nuestra patria ha de sentirse celoso cuándo sus maravillosos ojos le miren.

Tras muchas frases de homenaje a la indudable belleza de la rusa, la conversación se generalizó.

La orquesta interpretaba un vals de Strauss, y el embajador invitó a Nadia.

—Si no es un robo para estos caballeros, me enorgullecería bailar con usted, condesa.

Accedió ella. Y cuando Jefferson le ofrecía el brazo para salir al «*parquet*», la voz de su sobrina se dejó oír:

—¡Hola, tío! A ver cuándo bailas conmigo...

Se quedó cortada al contemplar la belleza de la mujer que se apoyaba en el brazo de su pariente.

—Voy a presentarle a mi sobrina Claire —dijo el diplomático—. Ésta es la condesa Welinsky.

—Encantada, señorita —sonrió la rusa.

También Jefferson presentó a los demás. Cuando Claire tuvo que dejarse besar la mano por Fletcher, no ocultó un gesto de desagrado, que pasó inadvertido para todos, menos para el japonés y Nadia.

—Si a su sobrina no le importa, podemos bailar este vals —pidió Nadia.

—¡Oh, no, claro que no! —accedió la muchacha.

Sin saber a qué atribuirlo, aquella mujer le era antipática. Quizá fuese algo de envidia al verla tan bella, pensó. Y queriendo desprenderse de toda preocupación trató de despedirse.

—He tenido mucho gusto, señores. Sigán su conversación. Voy a ver a unas amigas.

—Un momento, señorita —solicitó Fletcher—. Tenga la bondad de concederme este baile.

Pareció que la muchacha iba a negarse, pero al notar la mirada del millonario clavada en ella, consintió.

—Como usted quiera, señor Fletcher.

Ya en la pista, la chica se expresó con sequedad.

—Le dije que no quería volver a hablar con usted.

El gordo potentado rió de aquella forma que tanto encoraba a Nadia.

—Usted no desea hablar conmigo, amiguita, pero yo con usted sí. Y como da la casualidad de que tengo la sartén por el mango, no le queda más remedio que tragarse su orgullo y obedecer.

—¿Qué desea ahora? Ya le dije lo de la llegada del agente. ¡No haré nada más!

—Sí, pimpollo. Hará algo más. Porque si no lo hace...

El bandido notó que el escultural cuerpo de la muchacha se estremecía.

—¡Por favor, señor Fletcher, no me obligue a traicionar a mi tío otra vez!

De nuevo rió el «gángster» groseramente.

—Escuche, preciosa: necesito una pequeña película que tiene su tío en su caja particular. Usted la cogerá y la enviará al Seiyoken Hotel.

—¡No, no lo haré! —afirmó con energía.

—¡Calle, estúpida! Van a enterarse las demás parejas. Voy a decirle una cosa para que vea que no le queda más remedio que hacer lo que le mande —miró con disimulo alrededor—. Salgamos al jardín; tengo que hablarle confidencialmente.

Claire suspiró, y dócilmente se dejó conducir. En el espacioso y cuidado jardín buscaron un banco alejado. El grueso Fletcher obligó a la muchacha a sentarse, quedando él de pie ante ella.

—Sepa, bonita, que el

«G-man»

ha pasado a mejor vida con unos cuantos tiros en el pecho...

—¡Usted lo ha matado, asesino! —acusó ella.

—Se equivoca, pimpollo. La verdadera causante es usted.

—¿Yo?... —La boca y los ojos expresaron su asombro.

—Sí, querida. ¿Por quién supimos nosotros la llegada de ese agente? Si el

F. B. I.,

llega a enterarse de que fue usted quien descubrió a ese hombre, ya puede figurarse lo que le ocurrirá. Ni siquiera el ser sobrina del embajador la salvará. Además está lo «otro» —matizó con crueldad.

La muchacha sollozaba con la cara entre las manos. Comprendía que había caído en poder de un malvado, y no le quedaba más remedio que obedecer, so pena de ir a presidio, o tal vez al patíbulo.

—¡Es usted un miserable, un asesino! —increpó, abofeteando la mofletuda cara del bandido en un raptó de indignación.

—¡Quieta, fierecilla! —ordenó, forzándola a sentarse—. Déjese de lloriqueos y obedezca si no quiere que mande a su tío las pruebas que poseo de sus actos.

—¡No, eso no, por piedad! —suplicó, acobardada.

La papada grasienta del «boss» tembló a causa de la risa.

—Eso está mejor, nena. No me gusta emplear métodos violentos.

Claire Fulton adoraba a su tío. Su padre había fallecido siendo ella una niña, y su madre, hermana del diplomático, se encontraba desde hacía diez años paralítica. Su tío la recogió, tratándola siempre como a una verdadera hija.

De ninguna manera podía ella consentir que llegase a enterarse de su indignidad. Obedecería a aquel canalla hasta donde fuera posible.



~~~~~  
**¡ATENCIÓN!**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

triunfa una vez más al crear la inigualable  
**Colección**

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase de  
públicos, como lo es el invencible

**F. B. L.**

### III

## PAT ENSEÑA LOS DIENTES



L hombre que paladeaba una copa de «*whisky*» siguió con la mirada a un individuo corpulento que en aquel instante cruzaba el bar en dirección a la calle.

—¡Eh, Silver! —llamó sin levantar mucho la voz.

El hombretón se volvió rápido, mirando a quien le nombraba.

—¡Pero si es Gruber! —exclamó sonriendo—. ¿Qué pintas tú por aquí, Kid?

Kid Gruber tomó del brazo a su amigo, yendo los dos a sentarse en un rincón apartado.

—¿Estáis trabajando aquí? —indagó sin demostrar interés.

—Sí, amigo. Y debe de ser un buen asunto. Yo no estoy muy enterado, pero hay «pasta larga» a ganar. Bueno, dime, y tú, ¿qué haces en el Japón?

—No me gustan los preguntones creo que lo sabes ya. Pero te diré que los «gatos» querían también preguntarme algo relacionado con un puñado de billetes que «gané» en Nueva York, y decidí evacuar. Durante la guerra estuve aquí y pensé que me gustaría darme una vuelta, hasta que pase un poco la «revolera».

—¿Entonces vienes a descansar?

—Quizá sí, o quizá... no; depende —fue la incongruente respuesta de Kid.

Silver se rascó la mandíbula. Gruber pensó que quería proponerle algo y esperó tranquilo, mientras prendía un cigarrillo.

—Oye, Kid: voy a darte un consejo, y no lo tomes a mal, ¿eh?

La risa de Gruber recordó a su amigo la de un lobo. Enseñó sus blanquísimos y afilados dientes.

—¡Venga de ahí, hombre! —Autorizó.

Rascóse de nuevo la barba el «killer».

—Creo que no debes hacer nada por tu cuenta. El «boss» no consiente que trabaje nadie en Tokio que no pertenezca a su «gang».

La sonrisa de Kid se borró para dar paso a una frialdad aterradora.

—No sé quién es tú «boss», ni me interesa —habló sin apenas mover los labios—. Pero dile que no trate de meterse conmigo. Ése es mi consejo. Gracias por el tuyo.

El pistolero conocía a Kid Gruber desde hacía algunos años. Le había visto actuar y no ignoraba que poseía la mayor sangre fría.

—Está bien, Gruber —indicó, intimidado, Beery—. Yo sólo trataba de avisarte. Ten en cuenta que estás solo en Tokio...

—Siempre he estado solo —cortó heladamente—. Y ahora he perdido lo que más quería —añadió con cierto deje de tristeza que Beery no captó.

—¿Alguna chica? —Gesticuló con picardía el pandillero.

—Un chico, un chico estupendo —repuso con un suspiro—. Anda, vete a tus asuntos, y que tengas suerte.

Silver Beery estrechó la mano de su amigo y salió a la calle. Ya en la acera se detuvo, rascándose la barbilla.

—¡Qué tío más raro! ¡Hasta tenía un hijo! —exclamó,

sorprendido.

Un japonés que pasó por su lado le miró y pensó en voz alta:

—¡Qué raros son estos yanquis!

Tan pronto como se hubo marchado Beery, Gruber se metió en una cabina telefónica.

—He empezado mi trabajo —dijo cuándo al otro lado del hilo tomaron el auricular—. Espero que todo siga bien.

—No, seguiremos como hasta ahora. Creo que tenían razón en Nueva York. El traidor está aquí. ¡Adiós! Si puedo, le llamaré mañana.

Colgó y dirigióse a la barra, donde un sonriente japonés le sirvió otro «*whisky*». Cuando se lo bebió extrajo un billete que entregó al «barman».

Con aire de turista anduvo por la calle, mirando distraído a la abigarrada multitud, que como una colmena humana se afanaba en llegar a sus puntos de destino.

Entró en el Seiyoken Hotel, cruzándose en la puerta con una mujer que calificó de estupenda. Alta, esbelta, deportiva y con una cara preciosa. Como buen observador no le pasó inadvertido el rictus de amargura que había en su rostro.

Cuando el encargado de recepción le entregó su llave, Kid se dirigió al ascensor. Ya dentro, notó que el «botones» no le quitaba ojo.

—Oye, pequeño, vengo observando que cada día me miras más. ¿Por qué? —interrogó en el idioma del país.

—Perdone, señor Gruber —le contestó en inglés—. Es que le encuentro cierto parecido con el pobre señor Stuart.

Kid abrió los ojos con sorpresa. Reponiéndose seguida, preguntó:

—¿El señor Stuart?...

—Sí, señor. Le asesinaren en el Parque Dange-Zata hace algunos meses.

El ascensor llegó a su piso. Gruber no pudo evitar el seguir interrogando al chico:

—Bueno, hombre. Toma, para que te compres dulces. Parece que te ha afectado el asesinato de mi compatriota.

—Mucho. Era muy simpático. Me trataba como si fuera su amigo.

—Está bien. ¿Cómo te llamas?

—Yogata Jones, señor. Soy hijo de norteamericano y japonesa —dijo con orgullo.

—Pues bien: si quieres ser mi amigo no tienes más que venir a verme. Ésa es mi habitación. Mira: cuando termines el servicio, sube y charlaremos, ¿qué te parece?

—¡Encantado, señor Gruber!

Y entre, tanto, Silver Beery comunicaba a Fletcher su encuentro con Kid Gruber.

—He oído hablar de ese tipo —decía el «boss»—. No me gusta su orgullo. Lo dejaremos en paz si no se mete donde no le importa. Creo que sí ha venido huyendo no tendrá interés en meter ruido.

—No lo crea, jefe. Conozco a Gruber de sobra y sé que no se estará quieto mucho tiempo. En cuanto vea la ocasión de llevarse un buen puñado de billetes, se los llevará. ¿Por qué no le habla usted para que ingrese en el «gang»? Le aseguro que es un tipo que vale su peso en oro.

—Tengo que consultar con alguien.

—¿Cómo? Pero ¿no es usted el «big-boss»?

—No, Beery. Yo sólo soy el «boss». El «big» es otro que tú nunca conocerás.

Beery no había querido decir a Ben las amenazas que Kid pronunció en el bar. Ahora se permitió ser algo más expresivo.

Los cerdunos ojillos del «gángster» se achicaron.

—¿Se permitió amenazarme ese perro? —preguntó, rabioso.

Vuelta a rascarse el maxilar por parte del «killer».

—No dijo nada en concreto. Solamente le aconsejaba que no se metiera con él, Pero lo dijo de una forma...

—Bueno. Pues para que vea ese fanfarrón que no le temo, voy a darle una leccioncita. Llama a un par de muchachos y que le busquen. Llévadle a algún sitio y que le hagan unos cardenales. No le matéis; quiero que sepa, que yo no aguanto imposiciones de ningún piojoso.

—¡Jefe, yo...!

—¡Tú cumples mis órdenes, que para eso te pago! Y sí te da miedo, te vas con él. Puede que los dos muráis de una indigestión de plomo.

—No es miedo, jefe. Tenga en cuenta que es un amigo mío.

—Está bien, «escrupuloso», no vayas tú. Creo que con Lawson y Owens hay bastante para bajarle los humos a ese tipo.

—Si lo pescan desprevenido es posible que puedan hacer algo. Aunque lo mejor sería «despacharle» de una vez. No quisiera estar en el pellejo de esos dos si los encuentra después. Usted no conoce a Gruber...

—¡Menos charla y haz lo que te digo! Si no escarmienta con la paliza, le daremos «paseo».

Salió Silver pensando que el «boss» no estaba muy bien de la cabeza. No obstante, a su cerebro de «gángster» pervertido no se le ocurrió desobedecer. Estaba acostumbrado a no discutir las órdenes que le daban, y creía que era natural no objetar. El obedecía y cobraba como lo que era: un obrero del crimen. Suponiendo que pueda llamarse obreros a tipos de su calaña.

Cuando tuvo ante él a sus dos compañeros les dio el «encargo», sin que los pistoleros opusieran el menor titubeo a semejante cobardía.

—Llamadle por teléfono al hotel y le citáis de parte del jefe en el Cafetín del Lago. Ya sabéis que no debéis matarle. Y andar con ojo, porque es más peligroso que una serpiente.

Lawson era el tipo clásico del «gángster» de baja estofa. Con traje de buen género, camisa negra y corbata detonante. Cara chupada y sedoso bigotillo, sobre una boca de labios crueles. Un eterno cigarrillo en las comisuras, y ojos de mirada procaz.

Su compañero era brusco. De cara abotagada y grandes bolsas bajo los ojos turbios. Debía ser aficionado a las drogas y al alcohol.

Lawson fue el que llamó a Kid.

—Tendré mucho gusto en ir a ver qué es lo que queréis —contestó Gruber.

El taxi le dejó a unas yardas del cafetín. Con paso tranquilo se aproximó al lugar de la cita.

No ignoraba que aquello podía ser una emboscada. Pero estaba completamente seguro de que no querían matarle. Alguna proposición del «gang» que operaba en la capital del Mikado. O quizá darle un susto para convencerle de que no debía obrar por su cuenta. Era lo mismo. Él tenía tomadas sus medidas y no pensaba dar un solo paso atrás en la marcha que se había impuesto.

No llegó a la puerta. De las sombras del camino surgieron dos

figuras, en cuyas manos brillaban, tenuemente, los rayos de la luna. Comprendió que eran portadores de sendas pistolas, y sonrió. Como si en lugar de estar jugándose la vida estuviera oyendo un chiste de Bob Hope.

—Si quiere quedarse frío no tiene más que hacer un movimiento que no nos guste —indicó la voz meliflua del hombre que sostenía un cigarrillo en la extremidad de la boca.

Kid no respondió. Con sosiego avanzó dos pasos.

—Cachéale, Owens.

—No lleva «artillería» —contestó el aludido tras un somero registro.

—Tire adelante, amigo —ordenó Lawson—. Y no olvide que las balas corren más que usted.

Durante unos minutos anduvieron, alejándose del lago.

Pat no sentía alarma alguna. Consideraba que aquel par de sandios no deseaban matarle. De quererlo, habrían disparado contra él tan pronto como se apeó del taxi. Conocía bien la manera de operar de los «gangsters».

—Bueno, amigo —dijo Lawson, acercándose—. Creo que éste es un buen sitio para romperle la cara.

—¿Y lo vais a intentar vosotros dos? —preguntó fríamente Kid.

—Con que se siente gallito, ¿eh? ¡Pues toma!

La mano armada de Lawson cayó con fuerza sobre la cabeza indefensa. Pero Gruber se había desplazado hacia un lado, y su agresor casi perdió el equilibrio. Fue el propio agredido quien no le permitió caer.

Lawson experimentó la sensación de que las entrañas se le iban por la boca. El sempiterno cigarrillo saltó entre chispas. Su cuerpo se arrugó como un acordeón. Más tarde creyó oír en lo más recóndito de su cerebro algo como un estallido ensordecedor. Después, la nada absoluta.



*Lawson experimentó la sensación de que las entrañas se le iban por la boca.*

Owens sacó su pistola dispuesto a matar. Pero aquel hombre era el mismísimo diablo. Sí, porque con rapidez supersónica, lanzó su sombrero girando, haciendo blanco entre los ojos del «killer». Cuando quiso éste disparar, sintió tan fuerte golpe en el antebrazo, que no tuvo más remedio que soltar la pistola, a la vez que un ¡ay!,

de dolor.

—Y ahora, pequeños, sed buenos y decirme quién os ha mandado a verme.

Lawson no podía contestar porque su espíritu estaba muy lejos de allí en aquellos momentos. Posiblemente, en el Limbo.

Owens, tampoco sentía más deseos que los de que le funcionase el brazo.

—¡Me ha roto el hueso! —exclamó, mirando con odio al que tan fácilmente les había derrotado.

—Y te romperé el espinazo por diez sitios si no contestas a mi pregunta.

—¡Yo no sé nada! ¡No hablaré! —Galleó.

El canto de la mano derecha de Kid, tan duro como una tabla, cayó con relativa fuerza sobre el cuello del pistolero.

—Si te empeñas en que te deje sin huesos, allá tú —amenazó, tranquilo.

—Fue Silver Beery. De parte del «boss»... —declaró, acobardado.

—¿Quién es el «boss»?

—Benjamín Fletcher —añadió, acariciándose la parte golpeada.

—De manera que el gordo Ben es vuestro jefe. No, no, pequeño. Ése no tiene categoría para... Bueno, debe haber alguien por encima de ese tripudo. ¿Quién es? —preguntó, mostrando la mano extendida.

—¡No!... ¡No lo sé! ¡Se lo juro!...

Gruber comprendió que no mentía.

—Está bien. Ahora dime: ¿habéis traído coche?

—Sí, señor. Está escondido detrás de aquellos árboles.

Gruber tomó por las solapas a su enemigo y le dio un empujón.

—Anda, vamos a sacarlo a la carretera.

Obedeció el «gánster», pidiendo «in mente» que mientras tanto se recuperara su compañero.

Las palabras que pronunció Kid le convencieron que se hallaba ante un hombre superior.

—No esperes que te ayude este tipo. Cuando yo pego en el hígado no se despierta tan fácilmente. Tiene sueño para un rato.

Kid sabía que el «k. o.» hepático es el más duradero y doloroso de todos. Cuando Lawson recobrará el sentido se encontraría indispuesto durante unos días.

Ayudado por Owens llevó al desmayado «gángster» al coche.

—Ponte al volante y no intentes jugarretas. Ya sabes cómo las gasto.

El teléfono interrumpió la laboriosa digestión de Fletcher, repiqueteando machaconamente.

Con desgana tomó el auricular, llevándoselo al oído.

—¿Diga? Sí, soy Fletcher.

A pesar de su obesidad, el «boss» se incorporó de un salto, derribando la mesita y el servicio de café que sobre ella había colocado.

—¿Quién es usted? ¡Oiga, oiga!...

El comunicante había colgado tras de dar la noticia. Y ésta no podía ser más molesta para el sibarítico bandido.

Mascullando maldiciones se puso la chaqueta y salió al pasillo. Con ligereza increíble en un hombre de sus carnes descendió las escaleras. Desde uno de los teléfonos del «hall» llamó a Beery.

No tardó en presentarse éste.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó sin ocultar su ansiedad.

—¡No chilles, bestia! Vamos.

—Pero ¿adónde?

—Ya lo verás.

Salieron. Dando la vuelta al edificio del hotel, desembocaron en una calleja sita en la parte de atrás del Seiyoken.

Ben se acercó al coche que se hallaba detenido junto al bordillo de la acera y abrió la portezuela. Después de una blasfemia, profirió:

—¡Era cierto lo que dijo ese tipo! ¡Sube rápido, Silver!

En el suelo del vehículo veíanse dos hombres sin sentido. Beery cerró la portezuela. Inmediatamente, el coche partió.

El pistolero observó un papel entre los dedos de uno de sus camaradas. Tomándolo, lo leyó, alumbrándose con el encendedor.

—¡Atiza, jefe! ¡Mire lo que dice esta nota!

—¡Léela, Beery! ¡Tengo que liquidar a ese fanfarrón con mis propias manos!

Decía así:

«Entérate, cerdo humano: la próxima vez te devolveré tus inofensivos perrillos falderos cortados en

trozos para que te envenenes con su carnaza, o para que sigas aumentando tus asquerosas grasas. No me incordies si no quieres que cualquier día te saque el hígado por la boca. Dale mis mejores recuerdos a Silver Beery. Él, que me conoce, puede decirte que siempre cumplo mi palabra. Adiós, saco de sebo. Hasta siempre.

»Kid Gruber«.

Beery no tuvo que esforzarse para oír el rechinamiento de dientes de su jefe.

—¡Le mataré!... ¡Le sacaré los ojos!... ¡Le...!

—¡Cuidado, jefe! —avisó Silver.

La rabia hizo que Fletcher perdiese el control de los nervios. Tuvo que maniobrar con el volante para evitar estrellarse contra una esquina.

—¡Ese maldito Gruber me ha hecho perder los estribos! —comentó iracundo—. ¡He de verle morir para quedarme tranquilo!

El coche abandonó el centro de Tokio para adentrarse en el barrio del hampa, conocido por el nombre de «Papa-San»

[6].

Ante una casita de sórdido aspecto frenó Ben.

—Apéate, Beery —ordenó el «boss»—. Llama de la forma acostumbrada.

Obedeció éste, dando sobre la puerta dos golpes espaciados y tres seguidos. No tardó en serle franqueada la entrada por un japonés gigantesco.

—Ayúdame a meter ahí a dos incautos pajarillos que han sufrido un cólico de alpiste —pidió Silver jocosamente.

El interior de la zahúrda era digno de su exterior aspecto: unas cuantas sillas alrededor de una mesa y varias colchonetas en el suelo.

Rodeando la mesa, cuatro hombres jugaban al póker. Mirando la partida, dos nipones y un blanco observaban su desarrollo.

Al ver al «boss» se incorporaron extrañados. No era muy corriente que Fletcher acudiera personalmente a aquel sitio.

—A ver, muchachos. Despertadme a este par de estúpidos para que nos cuenten qué les ha ocurrido —dijo Ben.

Pero no hizo falta recurrir a ningún medio extraordinario. Los dos «gangsters», como puestos de acuerdo, comenzaron a dar señales de vida.

—Va parecen revivir, jefe —apuntó Beery.

A los pocos minutos se encontraban dispuestos a explicarse.

—Ese hombre es un demonio —decía Owens—. En menos que se tarda en referirlo nos noqueó a los dos. A mí me obligó a conducir el coche. En cuanto llegamos a la callejuela que hay detrás del Siyoken me debió tirar de un culatazo.

Fletcher escuchaba con todo interés el relato de su subordinado.

—Conque quiso saber quién es el «big-boss», ¿eh?

—Sí, jefe —asintió Owens—. También dijo que usted no podía serlo porque... —No se atrevió a trasladar al «boss» las despectivas frases de Kid.

—¡Venga, hombre, habla de una, vez! Me figuro que me insultaría ese pijo.

El «killer» se pasó el dedo entre el cuello de su camisa y la garganta.

—Porque no tenía usted categoría...

Y a pesar de haber autorizado aquellas palabras. Ben no pudo reprimir el golpear a su cómplice en un gesto de soberbia y cobardía. Queriendo demostrar que le pegaba por otro motivo, dijo:

—¡Si vosotros no fuerais tan estúpidamente cobardes, ese fanfarrón estaría ahora curándose de una buena paliza!

—Escuche, jefe —intervino Beery—. Recuerde que le avisé diciéndole que Kid Gruber era de lo mejor. Creo que si consiguiéramos enredarlo con nosotros nos ayudaría mucho...

—¡Calla de una vez, Silver! Esta noche... decidiré lo que se debe hacer.

A pesar de estar enojado con aquel hombre que tan fácilmente le había derrotado, no se atrevía a tomar medidas por su cuenta. Hablaría con el jefe supremo tan pronto como tuviera ocasión.

## IV

### INGENUIDAD FEMENINA



NA sombra furtiva se deslizó por la escalinata. Aunque la oscuridad era completa, por su seguridad al andar, se adivinaba que conocía la casa sobradamente. Con mano firme abrió la puerta del despacho, introduciéndose en él. La precaria luz del faro que encendió dejó ver las alteradas facciones de Claire Fulton.

Temblándole las manos se aproximó a la caja fuerte. Posó la luz en el suelo. De su escote extrajo un papel que leyó repetidamente.

—Seis, ocho, equis, equis, ocho, seis —musitó girando el disco.

Tiró, y la portezuela se deslizó silenciosa sobre sus goznes. Ya abierta, pudo ver Claire legajos de documentos y algunos montones de billetes.

Fue a cogerlos y pareció que su mano había sido mordida por una serpiente.

«No deje huellas», recordó que le había recomendado Benjamín Fletcher.

De su bolsillo extrajo unos guantes que se calzó, dedicándose después a rebuscar entre lo que había en la caja. Por fin halló lo que buscaba: un tubito pequeño de aluminio, del tamaño de los de aspirina. Lo destapó y pudo ver que contenía un rollo de película.

Con un pañuelo limpió todo lo que había tocado, sin olvidar el flexo y el picaporte. Luego se dirigió sigilosa hacia la calle.

Desde un bar telefoneó a Fletcher, diciéndole que le esperaba.

No tardó en presentarse el craso «boss», sin poder contener la alegría que le produjo saber que la chica le había obedecido.

—¡Magnífico, amiguita! —aprobó satisfecho cuando cerró tras sí la puerta del reservado—. Entrégueme los microfilms.

La muchacha estaba seria y lívida. Con voz que a ella misma le pareció ajena, contestó:

—Antes necesito que me devuelva la pistola en la que están mis huellas.

El gesto de contento del «gángster» se nubló, para dar paso a otro de dureza.

—¿No cree que no está en condiciones de exigir, estúpida? ¡Deme de una vez la película si no quiere sentirlo!

Los lindos ojos de Claire se redondearon por la sorpresa.

—¡Pero usted dijo...!

—¡Calle de una vez! ¡Suelte lo que le pido o llamo ahora mismo a su tío!

—¡Es usted un canalla! —estalló la atribulada muchacha—. Convínimos que me entregaría el revólver a cambio del microfilm.

El chantajista se levantó, tomando a la mujer por los cabellos con una mano y cruzándola la cara con la otra.

—¡Entrégame eso o te acordarás de mí!

La sobrina del embajador no era tan ingenua como se había llegado a creer el bandido. Ocurría que estaba agradecida a su tío y de ninguna forma deseaba que éste llegase a repudiarla. Se hizo la

cuenta de que mientras no rescatase la pistola, en la que habían quedado sus huellas, no lograría zafarse del chantaje a que la tenía sometida el «gángster». Por eso, contestó:

—Puede matarme si quiere. No tengo aquí el microfilm. Lo he dejado escondido porque sospechaba que usted no cumpliría su palabra. Y le aseguro que mientras no me entregue la pistola no se lo daré.

El gordo Fletcher se dejó caer en su asiento coa ademán de perplejidad.

—¡Vaya! Resulta que la paloma no es tan tonta como parecía.

Por un momento se hizo el silencio. Mientras el «boss» discurría alguna añagaza, por la imaginación de Claire destiló lo ocurrido el día que Fletcher la invitó a subir a sus habitaciones del hotel con la excusa de mostrarle unas acuarelas.

Había resultado que él dejó una pistola sobre la mesa, mientras abría un armario. De pronto surgió un hombre tras de unas cortinas, armado de un puñal.

«Voy a liquidarte, Fletcher —había dicho—. Y también a tu amiguita, para que no hable». El individuo se arrojó a Ben, levantando el cuchillo. Entonces el millonario gritó a Claire: «¡Tome la pistola y dispare, señorita Fulton!».

La chica había obedecido mecánicamente, casi inconsciente. El hombre del puñal se encogió al recibir los balazos y cayó después de dar una vuelta sobre sí mismo. Quedó con la cara pegada al suelo, muerto. En la alfombra se fue firmando un charco de sangre. Ben se agachó junto al intruso para cerciorarse de que estaba sin vida.

Después de agradecer a ella su intervención, la consoló diciendo que no se preocupara. El sacaría aquel cadáver sin que nadie se apercibiera y limpiaría la alfombra. Todo quedaría en secreto, puesto que ni siquiera las detonaciones se habían oído, por estar la pistola provista de silenciador.

«Fue al día siguiente cuando el “gángster” la sometió a la primera extorsión. El miserable se aprovechó para obligarla a obedecer bajo la amenaza de entregar la pistola con sus huellas. Y además la hacía responsable del asesinato del “G-man”, puesto que fue ella la que descubrió su llegada a Tokio...».

Ben interrumpió los pensamientos de la chica. Al parecer había

encontrado algún medio para convencerla.

—Usted gana, amiguita —dijo sonriente—. Mientras yo voy a por esa maldita pistola, usted vaya a por lo otro.

Claire dio un suspiro de satisfacción. Consideraba que allí terminarían sus angustias. Por fin lograría zafarse de aquel repugnante chantajista.

No sabía la joven que el «boss» la estaba tendiendo una trampa muy digna de él, de su carácter cobarde y felón.

Salieron casi juntos. Ella lo hizo primero, yendo a emboscarse en la sombra de un zaguán. Tan pronto observó que Fletcher ponía el coche en marcha tornó a ocupar su sitio en el reservado, esperando impaciente el regreso del «gángster».

Como la vez anterior, tampoco ahora se hizo esperar.

—Aquí tiene —declaró, dejando sobre la mesa el arma envuelta en un pañuelo—. Ahora deme eso.

La muchacha tomó la pistola, estudiándola atentamente.

—No la habrá cambiado, ¿verdad?

El «boss» soltó una carcajada.

—No ignoraré, querida, que aunque dos armas sean iguales no lo son sus balas, ni las señales que en ellas dejan las estrías del ánima. Si alguien encontrase el cadáver del hombre que «usted asesinó» —matizó intencionado— podrían comprobar que las balas corresponden a esa pistola. ¡Y ya está bien de discutir! —añadió enojado—. ¡Deme de una cochina vez ese microfilm!

Claire guardó el revólver en su bolso. Con un suspiro se desprendió del tubito, mientras decía:

—¡Tome, infame! Y desde este momento haga el favor de librarme de su odiosa presencia.

Cuando Fletcher tuvo en su bolsillo el microfilm, repuso, enigmático:

—Trataré de complacerla. Pero quizá no lo consiga..., ¡lista!

Ella le lanzó una mirada de repugnancia y salió apretando el bolso en el que creía llevar su libertad. Con paso rápido se dirigió a la Embajada, entrando con el mismo sigilo que a la salida.

Cuando estuvo en su cuarto escondió la pistola en un cajón y procedió a desnudarse para, por primera vez en mucho tiempo, descansar tranquila.

Ya echada, apagó la luz. Con las manos cruzadas bajo la nuca

dejó vagar sus pensamientos.

Únicamente se consideraba culpable de la muerte del agente especial. Y eso porque ella ignoraba que pudieran asesinarle. Los dos disparos que hizo contra aquel tipo fueron en legítima defensa. ¿No la había amenazado y se disponía a acuchillar a Ben y más tarde a ella misma? Se trataba de un forajido, de un asesino. Además, ella fue embaucada por el canalla de Fletcher. Si le obedeció fue para evitar el bochorno que podía constituir para su tío el saber que ella había tenido tratos o complicidad con aquel «gángster».

¡Pero ahora todo había terminado!

Elevó una oración al Altísimo, dándole gracias por haberla salvado. Y acto seguido se quedó profundamente dormida.

En la suntuosa residencia del doctor Konoye, éste sostenía un diálogo animado e intrascendente con la bellísima Nadia Welinsky.

A la condesa le interesaba todo lo referente a las costumbres niponas. Y el culto japonés respondía a las preguntas de su aliada con la cortesía que le caracterizaba.

—Mientras llega Fletcher —había pedido Nadie—, puede usted ilustrarme respecto a su patria, ¿quiere?

—Para mí es un honor, condesa. ¿Qué desea saber?

—Me interesa todo, amigo mío. Veamos: ¿podría decirme cuántas clases de aristocracia son ustedes?

El barón sonrió complacido.

—La principal es la que podíamos denominar imperial. Nosotros creemos que nuestro emperador descende de Amaterasu, el dios grande del sol. Por eso se le da el título de Hijo del Dai Nippón, que quiere decir Hijo de Dios.

—Muy interesante. Y ¿qué más? —preguntó, sinceramente interesada, mientras encendía un cigarrillo.

—Después vienen los «daimios». Éstos suelen ser familiares de los emperadores. El nombre podría traducirse por caballeros de Dios. Son de una gran prosopopeya, y casi no se rezan con nadie. Le siguen los «Riges», aristócratas de rancia nobleza, a los que inmerecidamente pertenezco yo —sonrió, con modestia.

La rusa compuso un gesto de sorpresa.

—Pues ¿no dijo usted que era un «samurái»?

De nuevo se amplió la sonrisa del noble japonés.

—En efecto, condesa. Pero ese adjetivo se extiende a todos. Constituye un compendio. Es como, por ejemplo, en Europa, cuando se dice: «Fulano de tal pertenece a la nobleza». «Samurai» no tiene traducción propiamente dicha, ¿comprende?

La llegada de Benjamín Fletcher interrumpió la amena charla de la desigual pareja.

El rostro desagradable y grasiento del «boss» no ocultaba su satisfacción. Con endiosamiento, saludó:

—¡Hola, amigos! ¡Buenas noches!

—Síntese, señor Fletcher —invitó el nipón—. Sírvasse lo que quiera.

—Hola, Ben —agregó, con indiferencia, Nadia.

—¡Gracias, gracias! ¡Tomaré un buen trago! El resultado de mi gestión lo merece.

Pero si creía que el «samurái» iba a mostrar ansiedad debió sufrir un gran chasco, porque sólo se limitó a decir, perfectamente tranquilo:

—¡Antes de hablar de «negocios» paladee ese «sake» especial! Aunque le aconsejo que no abuse. Tiene malas consecuencias para los no acostumbrados.

—¡Bah! —repuso el «gángster». No creo que a mí me afecte mucho. Ha bebido demasiado «*whisky*» en mi vida.

—Sí, barón. Ben ha alternado mucho por los «elegantes» bares de Harlem —apuntó Nadia, con su más cáustico acento de mofa.

Pero aún le dolió más al «killer» la sonrisa de desprecio que le dedicó el japonés. Haciendo un esfuerzo, contuvo los deseos de contestar «adecuadamente» a los dos orientales. De un solo golpe se tragó la bebida. Después se sirvió otra generosa ración, que bebió de la misma forma.

—Algún día me echaré al colete media docena de botellas de esta porquería —baladronó—. Creo que es más floja que un «Coca-Cola».

—¿Estás seguro, querido? —volvió a intervenir, intencionada, Nadia—. No sé por qué me parece que tú no has probado nada en tu vida que no tenga alcohol. Anda, hombre, dínos ya qué hay del «microfilm», y deja de ser un patán.

Konoye, que se encontraba más cerca del «gángster», pudo oír el rechinar de sus dientes.

—¡Aquí están! —gritó—. ¡Si no llega a intervenir este «patán», es posible que tú, tan fina y educada, no pudieras seguir comprando perfumes y todo lo demás!

Tomó el japonés el tubo y, con marcada indiferencia, lo dejó en un cajón de su mesa. Del mismo lugar extrajo un fajo de billetes, que, con naturalidad, arrojó a Fletcher.

—Ahí lleva el precio de su... «hazaña».

Aquello fue demasiado. El «boss» se incorporó, amenazador.

—¿Qué quiere decir, Konoye? Si yo le vendo ese documento, usted me lo compra. Por tanto, nada tenemos que echarnos en cara. Somos dos granujas parecidos, ¿no cree, tío listo?

Quizá por primera vez perdió el japonés algo de su imperturbabilidad. Con vez gélida, replicó:

—Puede que sí. Pero con la diferencia que usted traiciona a su patria, y yo defiendo a la mía.

—¡La patria, la patria! —contraatacó, encendiendo un cigarrillo, perceptiblemente nervioso—. ¡Yo no tengo más patria que los billetes! ¿Qué se puede ser en la vida sin dinero? ¿Para qué quiero ya una patria si no puedo divertirme en ella?

Nadia se percató de que aquella discusión podía degenerar en una ruptura de relaciones, y trató de intervenir, para apaciguar los ánimos:

—No se moleste, Konoye. Predicar en el desierto... —dijo, con aire compasivo.

—Lo sé, condesa —repuso el «samurái». Y perdóneme el que me haya excedido. Ya pasó todo.

—¡No, no pasó aún! —tronó el yanqui—. Puede que la «señora condesa» se quede sin los dólares que le corresponden en el «negocio». Así aprenderá a no meterse conmigo. Es muy cómodo que yo realice los asuntos, y después ella se lleve la «pasta», y encima trate de ridiculizarme.

Benjamín Fletcher tenía, en realidad, sobrados motivos para estar desquiciado: la entrevista con Claire Fulton no fue nada amena; el fracaso y humillación que le infligió el maldito Gruber, y los desprecios que siempre recibía de Nadia, colmaron su indignación y paciencia. Sin poderlo evitar, exteriorizó su carácter, volviendo a ser el «gángster» brutal que siempre había sido.

—Ustedes me están resultando demasiado «vivos» —prosiguió el

forajido—. Que de la «jeta» Fletcher, y nosotros nos llevamos la «manteca», han pensado, ¿verdad? ¡Pues no! ¡El que quiera harina que vaya al molino! Desde ahora obraré a mi manera.

Después de despotricar hasta hartarse, ante la despectiva pasividad de la pareja, tomó un terrorífico trago. Sacó su pañuelo, y aflojándose el nudo de la detonante corbata, ocupó su asiento. Al observar el silencio de sus antagonistas se consideró respetado. Con voz meliflua, se dirigió a Konoye, para contarle todo lo ocurrido con Gruber.

Claro que lo explicó deformando la verdad, para evitar que pudiera conocer el vergonzoso ridículo que le infligiera Kid. A pesar de todo recalcó la valía del «gángster». La idea era la de que Konoye ordenase su eliminación o, por lo menos, su entrada en la banda.

Había calculado que de cualquiera de las dos formas, le sería fácil asesinar al entremetido. De disponer que fuera quitado de en medio, no dudaba de conseguirlo por medio de una encerrona. Consideraba que un hombre solo y tan lejos de Nueva York no podría luchar contra enemigos tan duchos como ellos. Y si ingresaba en el «gang», no le faltaría ocasión para buscarle las vueltas. Lo tendría a sus órdenes, y entonces...

El aristócrata nipón le había estado escuchando, indiferente al principio. Según fue avanzando el relato, prestó más atención.

Al terminar el «boss», le preguntó Konoye, no sin cierta dosis de ansiedad:

—Dígame, Fletcher, a ese hombre, ¿no le conocían ustedes en su tierra?

—Yo, personalmente, no le he visto en mi vida. Fue Silver Beery quien le encontró en un bar. Por lo visto, se ha venido con el rabo entre las patas, porque ha hecho algo. Desde luego, es un pájaro de buena pluma. Oí hablar bastante bien en Nueva York de él.

La sonrisa equivoca del japonés no varió al decir, dirigiéndose más a Nadia que al «gángster»:

—Me gustaría ver a ese campeón del hampa neoyorquina —y antes de que Ben interviniera, añadió—: Pero quisiera poder verle sin que él me viera a mí.

—Pues no sé cómo... —Se encogió de hombros, Fletcher.

—Ya veo que sigues tan «despejado» como siempre —intervino la rusa—. Lo que desea nuestro amigo es observarle, estudiarle.

Nuestro querido Konoye no se fía mucho de ese tipo, y yo tampoco veo muy clara su intervención. ¿Recuerdas al agente del F. B. I., que liquidasteis?

—Sí; pero ¿qué tiene que ver...?

—Puede que nada —apuntó el nipón—. No obstante, por algo dijo Confucio: «Desconfianza es una buena virtud que deben poseer los sabios». Cite a ese individuo en su hotel. Yo le observaré desde detrás de las cortinas de su cuarto. Usted, condesa, presenciara también la entrevista. De esa forma distraerá al hombre; su belleza será tan delicado obsequio para él, que no le dejará ver otra cosa. Y su comportamiento, Nadia, no dudo que será, como siempre, magnífico.

—Gracias por su confianza —sonrió, hechiceramente, ella, produciendo un estremecimiento en Fletcher, que cada vez la quería más—. Haré cuanto pueda por complacerle.

—¿Entendió, Fletcher? —interrogó, amablemente, el «samurái».

—Desde luego, amigo.

Así se terminó la conversación. El japonés, siempre astuto, ofreció una copa más a sus aliados, mientras bromista, decía:

—Tomen, amigos. Usted, Ben, tenga cuidado. Le repito que este «sake» es engañoso, como las mujeres bellas.

—No se preocupe. Konoye. Yo también le repito que soy de hierro para el alcohol... y para las mujeres —rió, groseramente.

Pero lo cierto es que cuando se incorporó y trató de caminar, dio un traspié. Para su coleteo exclamó, alarmado:

«¡Diablos! ¿Tendrá razón ese “cara sucia”...?».

El japonés fingió no percatarse de la semi embriaguez del yanqui. Despidió a la pareja en la misma puerta de la calle. Y allí permaneció hasta verles partir.

—¡Déjame conducir a mí! —pidió, molesta, Nadia—. ¡Tú has cogido una «tajada» indecente, estúpido! «Un día de éstos me beberé media docena de botellas de esta porquería». —Remedó la rusa.

## ENTRE PILLOS ANDA EL JUEGO



ONSERVABA mucha de su antigua belleza, la señora de Jefferson. En aquellos momentos pudo constatarlo, puesto que se hallaba ante el tocador, procediendo a su «*toilette*» mañanera.

Del aposento contiguo llegaba hasta ella el ruido de una ducha, mezclado con una voz masculina, que entonaba desafinadamente una canción de Cole Porter.

—¡Oh Austin! ¿Por qué no olvidas al pobre Cole? —gritó—. Canta algo tirolés. Con tanto «gallo» puedes disimular, querido. ¿No te da vergüenza que puedan oírte...?

El embajador saltó en aquel momento, embutido en un amplio albornoz. Acercóse a su mujer, apoyando los dedos en sus nacarados hombros.

—¡Vaya con la excelentísima señora embajadora! —dijo, burlón—. Tan de mañana y ya acicalándose. ¿No te divorciarás para casarte con alguno de esos románticos «carias sucias» que tanto te cortejan, verdad, querido «adefesio»? —Y sin darle tiempo a defenderse, la alborotó el cabello, que tan esmeradamente había peinado momentos antes.

Ella se quedó un instante quieta, fija la mirada llorosa en la luna, que reflejaba fielmente el «estropicio». De pronto se incorporó y se lanzó detrás de su marido, arrojándole cuanto encontraba a su paso. Él corría, perseguido por ella, muy divertido de su travesura. Mas, cansado ya, abrió la puerta y, saliendo al pasillo, amenazóla graciosamente, mostrando su dedo índice con geste conminatorio:

—¡Escuche, señora Jefferson! ¡Si no promete estarse quieta, grito, para que todo Tokio se entere de cómo trata usted a su marido!...

—¡Cobarde, traicionero! —contestó ella, sin poder ocultar su risa—. ¡Me las pagarás! —Y dando la vuelta, volvió a sentarse ante el tocador.

Eran tan dichosos y tan genuinamente yanquis, que aquellas escenas de intimidad las repetían casi a diario, aumentando su afortunadamente feliz vida matrimonial.

Cuando él entró con un pañuelo blanco, atado a la punta del dedo, en señal de rendición, oyó pasos agitados que subían de la escalera.

—¡Señor Jefferson, señor Jefferson!

—Es James —indicó el diplomático—. ¿Qué demonios querrá?

Asomóse para decirle que esperara en su despacho. En un dos por tres se vistió, mientras pensaba que algo grave habría ocurrido para que Blake escandalizase de aquella forma.

El secretario paseaba a grandes zancadas cuando entró su jefe.

—¡Señor Jefferson: han robado el «microfilm»! —exclamó, nerviosamente.

—¿Cómo? ¡Eso no puede ser! —chilló el embajador, dirigiéndose a la caja.

Pero pudo comprobar que, desgraciadamente, era cierto. Con un gesto de amargura se dejó caer en un sillón, con la cabeza hundida sobre el pecho.

Dando un suspiro, comentó:

—Yo no quería convencerme, pero ahora no tengo más remedio que rendirme a la evidencia.

—No le comprendo, señor —intervino Blake.

—Escucha, muchacho: tranquilízate; nada se ha perdido en realidad.

—¿Qué quiere darme a entender? ¿Por ventura no estaba ahí dentro el «microfilm»?

El embajador sonrió, tristemente.

—Estar sí que estaba. Lo que ocurre es que yo oculté el auténtico y dejé una copia burda.

Por los ojos de James cruzó una ráfaga, mezcla de sorpresa y odio.

—Entonces, ¿desconfía de mí, señor? —preguntó, con acento dolorido.

—No. A mí no me parecía posible que el espía estuviese entre nosotros, como aseguraban en Washington. Desdichadamente he comprobado que tienen razón. Por eso no te dije nada. Quien ha abierto esa caja conocía la combinación tan bien como nosotros. Quise hacer un experimento, y casi estoy arrepentido, porque ahora sé que cerca de nosotros hay un traidor. ¡Un cochino traidor, que merece mil veces la muerte! Y te juro, amigo mío, ¡qué no pararé hasta entregarlo al

F. B. I.!

De nuevo tornó a hundir la cabeza, quedando como adormilado. Fue la voz del secretario la que le sacó de aquella atonía.

—Ya que ha nombrado al Bureau Federal, ¿por qué no hace venir al agente encargado de este asunto? Esos hombres trabajan bien. Quizá...

—Perdona, James. Ese muchacho trae poderes especiales. Es él quien dispone. Me ha dicho que, ocurra lo que ocurra, no le llame ni trate de localizarle. ¿Comprendes?

—Sí, señor. Pero, entonces, ¿cómo se pone en contacto con él?

—A eso iba. Escucha: él me llama por teléfono cuando necesita algo. Tenemos una consigna secreta. Desde que llegó me dijo que ni a mi propia esposa ni a ti debía decirle nada. De eso dependía, en gran parte, la solución de este servicio. Así es que, sintiéndolo enormemente, no puedo decirte ni una sola palabra.

—Lo comprendo, señor. Aunque creo que debería entregarle esa

película, para que se la llevara a Washington. De esta forma, nos quedaríamos tranquilos.

—Eso sería lo ideal para nosotros. Pero no se trata sólo de los documentos. Hasta puede que ese asunto sea nada más que secundario. Hoover sabe que existe en Tokio un nido de espías. Hasta que no lo extinga, no dormirá en paz. Además, no olvides el asesinato de Toni Stuart. Mientras los asesinos no paguen su crimen, el

F. B. I.,

no descansará. Sería la primera vez que un

«G-man»

queda sin vengar.

El timbre del teléfono despertó a Pat bruscamente. Tomó el auricular con desgana. La noche pasada la había dedicado a recorrer los tugurios del barrio sórdido, tratando de localizar algunos pandilleros de Fletcher.

—¿Quién llama? —indagó, bostezando.

—¡Hola, Gruber! El jefe quiere verte. Te espera en su cuarto. Es el ciento veinticinco del primer piso.

Pat pensó responder con algún exabrupto. Pero cambió de parecer, preguntó:

—Está bien, Silver. ¿No sabes para qué me quiere?

—No tendrás miedo, ¿eh, Kid? —ironizó el «gángster».

La voz de Gruber adquirió tal frialdad al responder, que, aun estando Beery lejos de él, notó un escalofrío.

—¿Tú qué crees, muchacho? Te veré después —y colgó.

No habían pasado cinco minutos cuando llamaron de nuevo. Esta vez era el «botones», que pedía permiso para pasarle el desayuno.

—Como me dijo usted que se lo sirviera a las diez —decía el chico—, y son y media...

—Está bien, Joe, Sube en seguida.

No quería llamarle Yogata.

—Aquí tiene, señor Gruber. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Regular, Joe. He dormido poco. Siéntate; quiero hacerte unas preguntas. ¿Me contestarás?

—¡Naturalmente, señor! Usted se parece mucho al señor Stuart,

y yo le apreciaba mucho.

Hubo una pequeña pausa. Pat miraba fijamente al chiquillo.

—Dime, pequeño: ¿tú sabes por qué le asesinaron?

—¡Pues claro! Lo leí en el «Nippón Times». Era un agente especial del

F. B. I.

Yo he leído muchas novelas sobre ellos. ¡Son unos hombres muy valientes!

—Bueno, hijo. ¿Y no recuerdas adónde iba el día que lo mataron?

—No sé. Creo que comentó que se aburría. ¡Sí; ahora caigo! Me preguntó dónde podría encontrar a la señora condesa.

—¿Quién es la condesa? —se interesó Pat.

—Es que verá usted —rió el avispado chaval—: salió a despedirme y vimos a la señora condesa, que a su vez salía del cuarto del señor Fletcher...

—¡Del señor Benjamín Fletcher! ¿Un tipo grueso de piernas cortas? —preguntó el agente, con ansiedad.

—¡Ese mismo, señor Gruber! ¿Es que le conoce?

—No, personalmente; pero lo voy a ver dentro de unos minutos —achicó los ojos hasta convertirlos en simples ranuras—. Y como tenga algo que ver con el asesinato de mi... Bueno, de tu amigo Tom, creo que le haré adelgazar.

El chico demostró su inteligencia, al decir, con la sorpresa retratada en el semblante:

—Entonces, ¿usted también es...?

Pat encendió un cigarrillo, al que dio tres chupadas seguidas.

—Sí, Joe. Yo también soy un

«G-man»

—confesó, convencido de que el muchacho no le traicionaría—. Y he venido al Japón para vengar a Tom y acabar con esta pandilla de canallas que están vendiendo a su patria.

Quedaron silenciosos durante unos momentos. Cada uno pensando de forma distinta y, no obstante, idóneamente.

Mientras el chiquillo sentía que su admiración por el agente subía en grados, éste discurría que el «boss» neoyorquino no podía ser el cerebro del asunto que le traía a Tokio. No; Fletcher era un vulgar jefezuelo de «killers», al que no se podía confiar un negocio

delicado. Aquel tipo era duro, bestial, pronto a disparar una pistola, sin detenerse a pensar si lo hacía cara a cara o por la espalda. Indudablemente había alguien en la sombra que le asesoraba. Fletcher era el testaferro, el hombre de paja. Por consiguiente, lo que convenía era entrar en el «gang» y, valiéndose de su fama, ganarse la confianza de todos. Quizá pudiera de esta forma descubrir el verdadero jefe y acabar de una vez con aquella gavilla de criminales.

—Oye, Joe —preguntó—: ¿quién es esa condesa que visita a Fletcher?

—Se llama Nadia Welinsky. Según dicen, es una exilada rusa que logró escapar de Siberia, después que los bolcheviques asesinaron a sus padres.

—No está mal la historia. Bueno, y ¿qué me decías antes de Tom?

—¡Ah! Pues que cuando ella salía, el señor Stuart, que estaba en albornoz, recién duchado, dio un silbido de ésos que dan los americanos cuando ven a una mujer guapa. Ella le miró, sonriendo, y sin hacer mucho caso se metió en el ascensor.

—Eso no tiene importancia. Tom era el pobre muy aficionado a las faldas —rió, con tristeza al evocarlo.

—Es que después preguntó quién era y dónde acostumbraba a ir. Me dijo que deseaba que se la presentasen. Yo le indiqué que frecuentaba el parque Dango-Zata. Allí compraba flores y perfumes. «¡Estupendo!», me contestó. Y tras darme un dólar se fue hacia el parque.

—Conque al parque, ¿eh? —indicó Pat—. ¿Y fue, precisamente, el día que le asesinaron?

—¡Sí que es cierto! —exclamó, sorprendido, el chico—. ¿Usted cree que la señora condesa...?

—Yo no creo nada... aún. Pero me parece que voy a tener que dedicar algunas horas libres a esa distinguida dama y a su amiguito Fletcher.

Poco duró ya la conversación. Lo suficiente para que Pat recomendase al chico discreción.

Cuando ya Pat llegaba a la puerta, el muchacho, que recogía el servicio del desayuno, le gritó:

—¡Tenga cuidado con ese tipo!

—No te preocupes, Joe. Conozco el paño —dijo, guiñando el ojo y golpeando el lado izquierdo del pecho.

A los pocos segundos llamaba a la puerta de Fletcher.

—¡Adelante, Gruber! —le invitaba, sonriente, el propio «boss»—. Me alegro que hayas acudido. Tenemos que hablar.

Pat no se movió hasta que Fletcher comenzó a andar. En la salita a la que pasaron pudo ver a dos personas. Una le era ya conocida, puesto que se trataba de Silver Beery. La otra la identificó fielmente como la condesa Welinsky. Beery se incorporó, pálido. Conocía bien a su visitante, y temía que se acordase de lo que le dijo por teléfono.

—¡Hola, Beery! —saludó el falso «gángster»—, fue una broma lo del miedo, ¿verdad?

—¡Claro, Gruber! Yo...

—Bueno; cállate ahora, Fletcher, no seas ineducado. Preséntame a esta dama.

Con toda naturalidad tuteaba al engreído «boss». Éste obedeció con rapidez.

La rusa tendió, sonriente, la mano al «G-man»,

que se apresuró a tomarla, rozándola ligeramente con los labios.

—Conque amiga de Ben, ¿eh? —dijo, chascando la lengua—. Hay gordos con suerte, ¿no crees, Beery?

—¡Oye, Gruber! —saltó, enfurecido, el aludido—. No te consiento el que me hables de tú. ¡Aquí mando yo, y todos mis hombres me respetan!

—¿Y qué? —indagó Pat, mientras que, obedeciendo a un gesto de la condesa, se sentaba a su lado en el diván, que pegado a la pared le permitía abarcar todo el cuarto.

—¡Pues eso, que guardes el debido respeto, o te enseñaré yo a guardarlo! ¡El que aquí soy yo...!

—¿De quién, Ben? —repitió, con suave acento—. Que yo sepa, no recuerdo jamás haber tenido jefe alguno. Anda, hombre; siéntate y dime qué deseas de mí. Si quieres que te hable de usted, empieza por hacerlo tú primero, ¿comprendes?

—¡Yo te voy a dar...! —La mano del irascible «boss» voló hacia la funda sobaquera.

Jamás se explicó Fletcher cómo pudo adelantársele su enemigo.

Pero lo cierto es que Pat pareció ser lanzado por una catapulta invisible. Ya el «gángster» tenía casi fuera la pistola, cuando sintió la imperiosa necesidad de llevar las manos al vientre. El «uno dos» de los puños del

«G-man»,

sobre la adiposa tripa de su contrario, sonaron secos, precisos, como un redoble de tambor. El arma cayó sobre la alfombra, sin producir más que un «plaf» apenas audible. Sin dejar que midiera el piso con su corpachón, Pat sentó en un sillón al desmadejado Fletcher. Después recogió el revólver, mostrándolo a los admirados testigos.

—Botín de guerra —explicó, cómicamente, metiéndoselo en su bolsillo.

—Oiga, señor Gruber —intervino, siguiendo la broma, Nadia—: no será usted un prestidigitador, ¿verdad?

—No, condesa. En la escuela donde yo aprendí enseñan de veras. Y admírese: lo hacen completamente gratis.

—¡No me diga! No tengo hijos, pero si alguna vez llegara a tenerlos, no vacilaría en educarlos en ese centro docente. ¿Dónde es, por favor?

—Creo que no debo aconsejárselo a nadie. Aunque, por otro lado, estimo que los hombres deben conocer todo. Es la única forma de que aprendan a vivir. Verá: Fletcher acudió en su niñez y adolescencia a la escuela de Cicero, en Chicago. Pero ha preferido la vida cómoda de «boss». Sólo sabe mandar a que los demás «den la cara» y le llenen los bolsillos de dólares. Yo asistí a las clases prácticas del Harlem. Y ahí —señaló al «gángster», derrengado en un sillón— tiene la prueba de lo que asimilé. De lo que aprendí de todo puede hablarle este «amenazador telefónico», ¿verdad, Beery?

—Yo ya sabes que te aprecio, Gruber...

—Oiga, Kid: no he entendido bien eso de las escuelas —interrumpió la condesa.

—Pues mire, querida amiga: en casi todas las grandes ciudades existen lo que se ha dado en llamar «barrios chinos», «barrios bajos», «suburbios», «barrios de bajos fondos», etcétera. En estos sitios, verdaderos cánceres de las grandes metrópolis, es donde suelen residir los maleantes y «gentes de bronce». No es que todos sus habitantes sean así. Los hay realmente necesitados, que viven hacinados, en una promiscuidad inhumana. Suelen ser emigrados de

diferentes naciones. Gentes sencillas, que abandonaron su patria con la intención honrada de trabajar, de labrarse un porvenir, de mejorar sus precarios medios de vida. Hay quien tiene suerte, y logra su noble ambición, llegando a hacerse ricos o a ocupar altos cargos. Ha habido fiscales, jueces, incluso alcaldes de Nueva York, con apellidos italianos, irlandeses, españoles, etcétera. Y no digamos en cuanto a millonarios, hombres de negocios que llegaron a Norteamérica hechos unos parias, y poseen minas, hoteles fastuosos, empresas, etc.

»Pero de esos barrios es de donde suelen salir todos los grandes delincuentes, que se han hecho famosos en el mundo entero. El hambre agudiza los sentidos, condesa. Y aunque parezca imposible, a veces cuesta más robar un panecillo que asaltar un Banco. Por eso se empieza, por un miserable panecillo o una caja de cigarrillos. Inconscientemente se va ascendiendo y se llega..., ¿quién es capaz de saberlo? Ahí tiene usted a Capone, Dillinger, Diamond, Costello, etcétera. Así comenzaron. Hay otros con valor, sí; pero no son inteligentes. Éste es el caso de nuestro simpático Fletcher. Morirá a manos de otro de su ralea, o caerá en poder de la Policía, que lo asará en

Sing-Sing

o en otro cualquier penal».

Un silencio opresivo siguió a las razonadas palabras de Pat. Y es que lo dicho por el muchacho afectó, tanto a Nadia como al brutal adlátere del «boss».

El

«G-man»

fingió no darse cuenta, y se levantó para reanimar a Ben, que ya empezaba a rebullir.

Cuando se inclinó sobre el noqueado «gángster», observó que la cortina de raso azul se movía casi imperceptiblemente. Estuvo a punto de disparar sobre ella, pero lo pensó mejor. Necesitaba saber qué querían de él aquellos tipos. Casi estaba seguro de que tras de aquella tela se encontraba el jefe supremo de la banda, aunque creyó que si lograba introducirse o, por lo menos, ganarse la confianza del «gang» tendría tiempo de descubrir y capturar al invisible personaje. Además, no se le olvidó que, hasta ahora, carecía de pruebas para acusarle.

—Vamos, Ben, que no se diga que eres un flojo.

Le obligó a tragar un poco de «*whisky*» y le cacheteó las mejillas.

Por fin, el «boss» abrió los ojillos.

—¡Maldito entremetido! —dijo, masajeándose el abultado abdomen.

—Bueno, Fletcher: dime para qué me querías, y déjate de lamentaciones —sonrió Pat—. No tengo mucho interés en hablar contigo y puede que me vaya.

El «gángster» recordó, de pronto, que Konoye estaba detrás de los cortinajes, y temió que pudiera tomar represalias por su torpeza.

Ya bastante restablecido, trató de ser lo más amable posible con aquel demonio de hombre, al que odiaba con toda su alma.

—Siéntate, Gruber —dijo, con sonrisa forzada—. Se trata... Verás: como resulta que tú vales y estás solo aquí había pensado en enrolarte en mí «gang». Creo que a ti te agrada no perder el tiempo y ganar unos miles. Ya sé por Beery que has venido de «naja», porque te llevaste una «pasta larga», y los

«G-men»

quieren «preguntarte» por ella.

—Escucha un momento, Ben: lo primero es decirte que ese tonto de Silver se está empeñando en que haga gastos superfluos. Estoy viendo que no voy a tener más remedio que dedicar unos cientos de «yens» en comprarle «un traje de madera», con unas docenas de siemprevivas.

—¡Gruber, yo...!

—¡Tú eres un perfecto cretina, que todavía no te has enterado de que la boca, después de comer, se limpia y no se usa para comadrear!

La voz de Pat era suave, pero fría como el hielo.

Silver Beery se quedó pálido. En los ojos grises de Kid leyó su sentencia de muerte. Sin conseguir hablar, fue retrocediendo, con el pánico reflejado en sus toscas facciones.

—No llores, maldito chivato. No voy a matarte, por no darle a la condesa ese feo espectáculo. Pero tampoco te avisaré más.

—¡Gracias, Gruber! —balbució, limpiándose el gélido sudor que perlaba su frente.

—Agradéceselo a la bellísima condesa.

Nadia no era como las demás de su sexo. Aquella escena no le produjo el mismo efecto que a otra cualquier mujer. Casi hubiera preferido que Gruber hubiera disparado. Era, simplemente, una fiera, carente de sentimientos humanos y llena de egoísmo.

No expresó su desencanto. Envolvió a Pat en una candorosa mirada.

—Ha hecho usted bien, Kid. Perdonar es de valientes. Se lo agradezco muchísimo.

Las miradas y sonrisas que la rusa cambiaba con el agente no gustaron nada al «boss». Queriendo terminar la gestión que tenía pendiente con aquel hombre, dijo:

—Bueno, Gruber: ¿qué decides? Te propongo que trabajes con nosotros. Puedo darte cinco mil adelantados y quince mil al terminar. Y desde luego, te aseguro que este «negocio» está casi terminado.

—Dime, Fletcher: ¿qué guardas en la cesta? No creo que tú hayas dado nunca dólares a centavo.

Ben paseó durante un minuto con las manos en la espalda, con aire napoleónico. Y en verdad que, con su obeso abdomen y cortas piernas, tenía cierto parecido con el célebre corso.

—Es un asunto intrincado, Gruber. Te confesaré que no soy el verdadero «boss». Por encima de mí hay alguien más.

La fría sonrisa del federal se agrandó. Eso ya lo imaginaba él.

—A mí me han encargado que te contrate. Yo no lo hubiera hecho... En fin, puedes aceptar o no; eso es cuenta tuya.

—Mira, Fletcher: voy a decir que sí, porque es cierto que me gusta ganar dinero; pero ha de ser con una condición.

—¿Más imposiciones aún? —repuso su interlocutor, violentamente. Pensando que Konoye pudiera enojarse, añadió—: Veamos: ¿qué se te ocurre ahora?

—La condición es que tengo que conocer a ese que está por encima de ti antes del primer trabajo.

—Bueno —repuso Fletcher, deseando terminar—. Le trasladaré tu petición. Mañana te daré la respuesta.

Tras las despedidas de rigor, fue acompañado, por el «gángster», de la misma forma que a su llegada. Antes, naturalmente, besó la mano a Nadia, y dio un amistoso puñetazo a Silver, que le miró como un can agradecido.

En casa del barón Konoye se hablaba de Kid Graber, y no con afecto, precisamente.

—¡Son ustedes unos estúpidos! —decía un hombre, que mantenía su rústico escondido tras una máscara de seda negra, que sólo permitía ver sus ojos—. Ese hombre no puede ser más que un agente del

F. B. I.

Según me dijo Konoye, jugó con vosotros como quiso.

—Yo, jefe, sólo fui en plan de observadora —protestó Nadia.

—Usted, condesa —habló de nuevo el enmascarado—, se sintió, sin duda, algo deslumbrada por la personalidad extraordinaria que posiblemente posee ese individuo. No en balde lleva en la masa de la sangre espíritu aventurero.

Los ojos de la condesa se abrieron por la sorpresa. El jefe supremo, sonriendo bajo el capuchón, continuó:

—Sí, querida Sonia —matizó—. Su padre, Igor Grichenko, que se encuentra en París, se percató de que su belleza le iba a servir, y la educó para lo que es: una aventajadísima alumna de él. Usted fue enviada aquí por su progenitor, porque sabía que podía hacerse con una fortuna. El tonto de Fletcher se enamoraría de la «condesa», y no tendría inconveniente en casarse con ella. Después, usted le haría beber hasta que quedase empapado, y ¿a quién podría extrañar que un borracho semejante se estrellase por la carretera japonesa, conduciendo en tal estado? Pero se equivocó, puesto que Fletcher no era el verdadero jefe. Ya metida en el «gang», siguió adelante, creyendo que su belleza la llevaría hasta mí. Tropezó con Konoye, a quien, afortunadamente, no causan mella las seducciones femeninas. Yo, como ve, no ignoraba nada de esto. Por eso el barón le dijo, no hace mucho, que usted no era la condesa Welinsky. Sé quedó tranquila, al pensar que era sólo eso lo que sabíamos de usted. Pero no, Sonia Grichenko, lo sabemos todo. Hasta el asesinato del director de orquesta, que usted y su padre realizaron en París.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó, con ansiedad, la mujer.

—¡Ja, ja, ja! —rió bajo la máscara—. Permítame que guarde el incógnito. Algún día puede que me desprenda del capuchón, y tenga una sorpresa. Porque a mí también me gusta, querida Sonia.

Hasta entonces tiene que seguir obedeciendo. Ahora voy a encargarle algo que no le desagradará mucho.

—¿De qué se trata? —preguntó, con despecho.

—Pues mire, amiga mía: le doy ocho días para que enamore a ese Gruber y me lo entregue con la película.

—¿Con la película?... —interrumpió Ben.

—Sí. ¡Estúpido! Con la película —endureció la voz el enmascarado—. Lo que te entregó Claire era una burda imitación. ¡El gran Fletcher timado por una inocente muchacha! Cuando termine con Nadia, te daré instrucciones. Y ¡ay de ti, como vuelvas a fracasar!

Durante algún tiempo, el desconocido jefe estuvo dictando órdenes a la fingida condesa, que se encontraba furiosa, pensando que había sido descubierta delante de Fletcher.

De regreso al hotel, el yanqui conducía el coche.

—No te preocupes, Nadia —le dijo, acariciándole una mano—. Yo, a pesar de todo, te quiero. Puedes contar conmigo siempre.

—¡No seas necio, Ben! Lo que tienes que hacer es rescatar el «microfilm», si no quieres que el maldito enmascarado acabe contigo. ¿Quién será ese tipo?

—¡Yo no puedo comprenderlo! Pero tiene que ser un pez gordo. Nos conoce a todos.



**EDITORIAL ROLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!**

**Publica:**

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA**  
**NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO**  
**EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO**  
**AVENTURAS DEL F. B. I.**

**¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!**

## VI

### DONDE ACTUÁ EL JEFE SUPREMO



L marchar Nadia y el «gángster» quedaron solos Konoye y el enmascarado. El barón japonés invitó a su jefe a descubrirse el rostro.

—No, barón. Ya sabe aquello de que las paredes oyen.

—Como quiera, amigo. Aunque le advierto que mis criados son ciegos y mudos. Pertenecen a la raza cho-chin.

Son los que practican el servilismo como corolario de su religión.

—Está bien, Konoye. No obstante, permítame permanecer tapado. Me siento más tranquilo.

El nipón no insistió. Ocupó su asiento y sirvió de beber a su jefe.

—Dice usted —arguyó— que esta misma noche debo recibir al americano como si yo fuera el jefe. No me parece mal. Pero sospecho que ese hombre no es un vulgar «gángster». Naturalmente querrá saber más de lo que nos conviene, y, si como usted sospecha, se trata de un policía, no tendremos más remedio que... «suprimirlo», como ustedes dicen.

—Sí; claro.

—No está tan claro. Ya le dije que no consiento asesinatos. Y menos en mi propia casa.

Los ojos del encardado brillaron a través del antifaz.

—Oiga, Konoye: usted y yo hicimos un pacto, ¿verdad?

—Justamente.

—Pues bien: cuando quedamos de acuerdo, sabíamos que era muy posible queuviésemos que emplear la violencia. Por eso contratamos al «gang» de Fletcher y algunos japoneses, que también saben manejar las armas. Estos últimos los facilitó usted, si no recuerdo mal, ¿no es así?

—Así fue.

—Pues mire: entonces ¿qué más le da que muera aquí ese tipo? Usted está tan comprometido como yo en este asunto.

—No creo eso que dice. Yo le secundo por patriotismo y...

De nuevo dejó oír el jefe aquella risa prolongada y burlona que tanto enfureció a Nadia.

—¡Vamos, Konoye! No me tome por Fletcher. Usted es un hombre inteligente, y debe saber perder. Es cierto que entrega a su gobierno los documentos que yo le facilito, pero antes de entregarlos saca copias de ellos, que vende al mejor postor.

—¡Eso...! —Trató de protestar el oriental.

—¡Eso es la pura verdad, barón! —prosiguió el desconocido—. Usted ha sido muy listo. Con la excusa de que trabaja para su patria, ha ido sacudiéndose las responsabilidades. De esta forma, si algún día somos descubiertos, usted no podrá ser acusado de nada. ¿Qué delito puede constituir el que un japonés ayude al Japón? Usted no ha robado, no ha matado. Se ha limitado a gastar dinero de «su bolsillo», para comprar lo que un invasor le ofrecía de interés para su pueblo. ¡Un nuevo héroe nipón! Eso pensarían, desde Hiro-Kito,

hasta el más ignorante  
«nei-shin».

¡Oh, la portentosa inteligencia oriental!

—¡Cállese, o no saldrá vivo de aquí! —amenazó Konoye, sin apenas abrir la boca.

Por los ojos del enmascarado pasó una fugaz ráfaga de alarma. Pero fue tan rápida, que ni el propio japonés pudo advertirla.

De nuevo la indignante voz del yanqui comenzó a hablar para convencer al aristócrata de que sabía todos los manejos que éste realizaba. Y cuando lo creyó oportuno, dijo:

—Y ahora, querido amigo, me voy. Me figuro que no habrá pensado en tenderme ninguna trampa. Su inteligencia habrá deducido que cuando me he permitido hablar tan claro, es porque antes habré tomado mis medidas.

El enigmático enmascarado se había incorporado, dispuesto para marcharse.

—Siéntese —rogó el nipón—. No se preocupe; desde que empezó a contarme mis..., ¿cómo las llamaríamos?, mis «cosillas» —sonrió —, imaginé que guardaría algo en la manga.

Obedeció el jefe, soltando aquella risa larga, que tenía gran parecido a la de un orate. Tomó su copa, bebiéndosela de un trago, una vez levantado el capuchón hasta la nariz, lo que permitió ver una puntiaguda barbilla y un sedoso bigote rubio.

Poco después, aquella pareja de hábiles delincuentes, se engolfaron en una conversación, al parecer, muy de su gusto.

Entre tanto, el valeroso

«G-man»,

Pat Stuart, desarrollaba su primer servicio dentro del más poderoso Cuerpo policíaco del mundo, con la misma soltura que lo haría el más experimentado veterano, y quizá con más espíritu que los demás, puesto que quería vengar a su hermano, el «pequeña Tom», como él le nombraba en sus pensamientos.

Durante el trayecto hasta el parque Ueno, lugar en que momentos antes había citado a Nadia, pensó si no habría obrado mal al no descubrir al jefe del «gang», porque indudablemente era él, el que estuvo escondido tras de los cortinajes del cuarto de Fletcher. Confiaba, sin embargo, en que tarde o temprano lograría desenredar aquella madeja y dar su merecido a los asesinos de su

pobre hermano. Sí, porque tenía ya la punta del hilo en sus manos. Ahora sólo le faltaba ir tirando suavemente y con tacto, hasta desenmarañarla del todo.

El primer tirón, y bastante importante a su juicio, lo iba a dar aquella soleada tarde a costa de la hermosa aventurera, a la que parecía haber impresionado. No obstante, no se fiaba de las apariencias. Recordó la máxima árabe que dice: «Si no quieres caer, no te apoyes ni en el agua ni en la mujer».

Ya llevaba media distancia cubierta, cuando cruzó ante él, en sentido contrario, una de esas japonesitas que se ven de cuando en cuando, haciéndonos recordar a Silvia Sidney o Mirna Loy en sus mejores tiempos. «Muchacho: ¡qué muñeca!», pensó, mientras se volvía, ¿cómo no?, silbando de admiración. La nipona, mujer al fin, dedicó una encantadora sonrisa al americano. Pero éste había endurecido el gesto, porque al volverse para mirar a la «muñeca», observó que uno de los hombres del gordo «boss» trataba de ocultarse detrás de un quiosco donde se vendían toda clase de revistas y periódicos.

No le hizo ninguna gracia aquella vigilancia, pero simuló no haber sorprendido al seguidor. A pesar de no verle más que de refilón, lo identificó como Lawson, uno de los que quisieron pálizarle a la orilla del lago.

Aun costa de hacer esperar a la rusa, decidió quitarse de encima semejante moscón. No convenía a sus bien madurados planes que Ben se enterara de aquella entrevista a solas con Nadia. Los celos del «boss» podrían originar un cisma dentro del «gang», que diera al traste con los proyectos del «G-man».

Fingiéndolo un paseo intrascendente, Pat torció por la primera calle transversal, despaciosamente, para dar tiempo a su perseguidor a que le alcanzase. Poco a poco fue derivando, hacia el barrio de Papa-San.

El aspecto de las calles fue cambiando conforme avanzaba. Con todo y ser temprano, ya el sórdido barrio daba sensación de ese cosmopolitismo de vicio que se aprecia por dichos lugares en cualquier ciudad turística del mundo. Por todos lados, cafetines y tabernuchos, de los que entraban y salían marineros y hombres de

mil razas diferentes, emparejados con mujerzuelas pintarrajeadas. Una de estas escorias universales, apoyada en el quicio de una puerta, con la falda tan corta, que dejaba ver sus rodillas, y un largo cigarrillo en los bermejos labios, sirvió al agente especial para deshacerse del espía.

—¿Americano, guapo? —preguntó la mujer.

—Sí, encanto. Toma estos veinte dólares; pero tienes que ayudarme. ¿Quieres?

La mujer tomó rápidamente el dinero, besándolo y haciéndolo desaparecer en las profundidades misteriosas de su descotado vestido.

—¡Aunque sea matar a un «poli», ricura! ¿Qué tengo que hacer?

—No hay que matarlo. Con dejarlo «groggy» unos minutos, es suficiente. Te daré otro billete, si lo traes aquí. Es ése que está en la esquina.

Lawson había visto entrar en el zaguán a Gruber. Se apoyó en la esquina, quedando a la espera.

Sin embargo, se extrañó al ver que la mujer volvía a ocupar su sitio.

Sin poder ocultar su curiosidad, se acercó.

—¿Dónde está el hombre que...?

No le dio tiempo a terminar. Una mano, como una garra, surgió del oscuro portal. Atenazándole por la pechera, le introdujo dentro. Se oyó un apagado gemido. No tardó en salir Pat, sonriente, con un billete entre los dedos.

—¿Qué dirás si viene la patrulla y lo descubre, preciosa?

—¿A quién, señor? Yo no he visto a nadie. Ahora mismo me voy a casa —contestó la del cigarrillo, mirando embobada al billete.

—¡Buena chica, y lista! —aprobó él, entregándole cincuenta dólares que había tomado del bolsillo de Lawson.

Pat apresuró el paso. Tuvo suerte. Un poco más lejos encontró un taxi, al que ordenó en japonés:

—Si me llevas al parque Ueno por el camino más corto, te ganarás cinco «pavos»; pero si me tomas por tonto y me das muchas vueltas, te puedes ganar un coscorrón y la Oficina de Tráfico. ¿Qué prefieres?

—Los cinco pa..., ésos, señor —repuso el taxista, sonriendo de oreja a oreja.

No hizo más que apearse. Estaba entregando lo ofrecido al conductor, cuando el coche que traía a Nadia frenó tras el taxi.

Se encontraban en la puerta central del magnífico parque, uno de los más grandes de la ciudad, erigido en honor de la batalla de Ueno. La verja que lo circunda luce, cada veinticinco o treinta yardas, una monumental estatua que representa a un guerrero sho-gun,

de los que cayeron heroicamente, en la citada batalla. En el centro se levanta majestuoso el templo de Sen-Gakudji, posiblemente el que posee la arquitectura más típicamente nipona, que fue construido en honor del «daimio» Asano-Naga-Nori y sus cuarenta y siete guerreros.

Por el cuidado paseo céntrico echaron a andar.

—Si le digo, condesa, que está usted esta tarde más seductora que nunca, no seré original, ¿verdad? Pero, no obstante, algo tengo que decirle. Lo contrario sería un delito de lesa belleza, que yo no puedo cometer.

—Con que me diga que le parezco bien, me halaga, Kid —contestó, mostrando el incomparable joyero de su boca y apoyando amistosamente la mano en el atlético brazo de él.

Durante un rato deambularon por los enarenados senderos, gozando de la perfumada brisa que se respiraba en aquellos lugares paradisiacos.

El muchacho no ocultó la aventura ocurrida con el pistolero, haciendo reír a Nadia de buena gana.

—Es usted un demonio —comentó—. Lo toma todo a broma, y temo que tanto optimismo le pierda alguna vez.

Habíanse introducido por un caminejo diagonal, paseando ahora por lo más intrincado. La claridad diurna, ya en declive, se hacía entre el bosque, de un color verde oscuro. Pat buscó con la vista un banco. Descubrió uno rústico, de troncos de abedul. Estaba ocupado por una joven pareja, que, con las manos entrelazadas y las cabezas juntas, charlaban susurrantes.

La japonesita debió oír a los que llegaban y se separó, ruborizada. Después miró su reloj, poniéndose de pie y obligando a su novio a imitarla.

Pat comentó con Nadia:

—Mire esa pareja, condesa. Representa la vida; pero la vida

natural. En estos momentos están viviendo más intensamente que cualquiera de nosotros. Nosotros podemos pensar en problema materiales, en engañar a otros para lograr dinero. ¿Qué es eso, Nadia? ¿Vida, tranquilidad, paz, ser dichosos? Sin embargo, ellos, en estos momentos, cavilan el modo de poder verse mañana, cuanto antes. Y ¿para qué? Para repetirse por enésima vez que se quieren, que serán felices. Para reñir por una nadería y contentarse en seguida. Para entrelazar sus ruanos y cruzar un beso fugaz, mientras sus ojos miran, alarmados, a un lugar y a otro, creyendo que delinquen... ¡Quién pudiera tener sus problemas, sus ilusiones, su edad..., en fin!

Nadia le escuchaba, realmente interesada. ¿Qué sería aquel hombre? ¿Un ingenuo, o un cínico? Manejaba la pistola como un consumado «gángster», poseía puños de hierro y una mentalidad criminal, puesto que vivía del crimen. Por otra parte, se conmovía ante una puesta de sol, o viendo a una pareja de jovencitos arrullándose estúpidamente. Momentos antes, le contaba alegremente que había descalabrado a un hombre porque le seguía, y a continuación le hacía un canto a la honradez, a la vida sencilla. ¡Demonio de hombre, le estaba resultando difícil, comprender!

Ignoraba que Pat era el peor enemigo que se había podido encontrar. ¿Bondadoso? Hasta dejarlo de sobra. ¿Justo? Exageradamente. ¿Enérgico, intransigente con los que abusaban de su superioridad o fuerza? Hasta la hartura. Y como, además, conocía la vida en todas sus facetas, y había luchado por la suya en todos los órdenes, era dueño de una experiencia rayana en lo insuperable. Siendo comprensible, además, que en esta ocasión jugara todos sus triunfos, puesto que el único cariño que había conservado era el de su querido hermano. El día, que supo cómo fue asesinado, entre cuatro, a mansalva, sin darle tiempo a defenderse, ensañándose con él, fue la primera vez que en su azarosa vida perdió el control de los nervios. Prometió ante su tumba que le vengaría; por esta razón accedió a hacerse

«G-man».

Desde luego, él cumpliría el juramento que hizo al dejar Quántico porque era ya un compañero de su «pequeño Tom», y estaba convencido de que los miembros del temido

F. B. I.,

eran la salvaguardia de la gente decente. Unos héroes anónimos, sí; pero por eso más admirable. Prestó atención a la rusa, quien, siguiendo el plan preconcebido, trataba de llevarle a la meta propuesta, que no era otra que le dé poder alzarse con la parte del león en aquel negocio prometedor de millones.

—Ya le he dicho que después de irse usted de la habitación de Ben fuimos a ver al jefe supremo de la banda.

—Pues no creo que tuvieran que andar mucho, amiga mía.

—¿Qué quiere decir...?

—Escuche, condesa. Si hemos de ser amigos, no debe tratar de engañarme.

—De veras que no le entiendo, Kid —declaró, sorprendida, Nadia.

—Quizá usted tampoco lo supiera entonces. Pero lo cierto es que el jefe no estaba muy lejos cuando charlábamos en el Seiyoken...

—¡Ah, bueno! Usted se refiere a Konoye. Sí; ya sé que estaba detrás de las cortinas. Ése no es el verdadero «mandamás». Se trata de un aristócrata japonés que ha venido sustituyendo al jefe hasta ayer, que se nos presentó a Fletcher y a mí.

—Entonces, ¿qué pinta Ben en este juego? —indagó Pat, con la idea de no preguntar abiertamente quien era el último personaje.

—Pues es el «boss» de los «gangsters». Un segundo que sólo tiene atribuciones sobre sus hombres. El jefe creo que nadie sabe quién es. Tanto Fletcher como yo ignoramos su personalidad. Siempre se presenta con un negro capuchón cubriéndole la cara.

—¡Vaya tipo divertido! —comentó el «G-man».

Hubo una pausa, durante la que Nadia se quedó fijamente mirando a su compañero con el ceño fruncido, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo.

—¿Tengo algo en la cara, condesa? —preguntó Pat.

—Tiene usted un extraordinario parecido, así, de perfil, con alguien que conozco.

—Bueno, amiga mía —bromeó intencionadamente—. Muchas mujeres me han dicho que soy el «doble», en «guapo», de Víctor Mature. Yo no me lo he creído, ¿sabe?

—No, no. Usted se parece a una persona con la que yo he hablado. Bueno, dejémoslo; ya me acordaré. ¿Qué decía?

—Yo, nada, Usted me contaba algo de ese enmascarado — contestó, temiendo que aquella sirena le identificase.

—Sí. Eso es. Pues que se nos presentó con la cara tapada y nos dio unas órdenes. En seguida nos despidió para quedarse a solas con Konoye. Cuando vaya usted esta noche, seguro que hará su aparición.

—Bueno. A mí no me va a asustar por muchos disfraces que adopte. Como se ponga tonto le receto una píldora de plomo caliente y le mando a enfriarla al infierno.

»En aquel momento se acercaban dos personas paseando pacíficamente. Nadia puso gesto de asombro. Se incorporó rápidamente, sonriente».

—¡Qué gratísima sorpresa, señor embajador! Venga, Cruber. Voy a tener el gusto de presentarle a un ilustre compatriota suyo.

—¡Pero si es la condesa Welinsky! —exclamó el diplomático—. También yo voy a tener el placer de que conozca a mi esposa.

Los dos americanos estrecháronse las manos, luego de besar las de las damas. Pronto se generalizó la conversación democráticamente, como es costumbre, ¡deliciosa costumbre!, entre los yanquis, por muy alto que sea el rango social. Se encomió la agradable temperatura reinante y las innegables bellezas de los parques nipones.

—¡Qué pena que lugares tan lindos como éstos sean asolados por las guerras! ¿Verdad, condesa? —objetó Silvia Jefferson.

—Verdad, excelencia —repuso, amable, la rusa. Pero es de esperar que los diplomáticos como ustedes encuentren la forma de que haya paz.

—¡Oh, no me trate con tanto protocolo, querida amiga! ¡Me gusta tan poco! En cuanto a la paz, le diré que mi esposo, como los demás compañeros, e incluso toda nuestra nación, odian la guerra y hacen todo lo que pueden por evitarla. Pero esos soviéticos... ¡Ay, perdóneme!...

—De nada, señora. Yo soy rusa blanca. Esos desharrapados son en realidad tan enemigos míos como suyos.

También los dos hombres charlaban animadamente, entremezclando en la conversación la política con los deportes y los temas, siempre nuevos, de cine y teatro.

Charlando de esta manera, al parecer intrascendente, el agente

Pat Stuart trasladaba al embajador las noticias que tenía sobre el servicio, y el diplomático daba las suyas al G-man.

Despidióse cordialmente el matrimonio, quedando de nuevo solos Pat y Nadia.

—Son encantadores, ¿verdad?

—Lo son, en efecto, condesa.

Y otra vez se enfrascaron en su anterior diálogo, hasta que impensadamente, al parecer, tocaron el tema amoroso. Éste terminó cómo estaba previsto: sellando con un frío beso su pacto y fingiendo unos sentimientos que ninguno sentía.



**TODOS COLECCIONAN LOS CROMOS DEL  
F. B. I.**

que presentan la perfecta organización policiaca del  
*Federal Bureau of Investigation.*

**¡ADQUIRID EN LOS BUENOS QUIOSCOS  
SOBRES — con tres cromos — por 30 céntimos!**

## VII

### CONTINÚA EL CHANTAJE



L embajador de los Estados Unidos en Tokio encontró en la biblioteca a su sobrina, acompañada de James Blake, y más contenta que de costumbre. Sostenía una copa de jerez en la mano y mordía, sonriente, una pasta.

—En cuanto me coma esto bailaremos esa rumba, James —decía, señalando a la gramola, que dejaba oír una cadenciosa rumba, interpretada por la orquesta de Xavier Cugat.

—No está mal, chica —comentó el señor Jefferson, que desde la puerta había oído las palabras de Claire—. Os bebéis mi jerez preferido y os coméis las pastas de vuestra tía. Y encima convertís

la biblioteca en una *boîte*. ¿Es ése el respeto que guardáis al excelentísimo señor embajador de los Estados Unidos ante Su Majestad Imperial el Emperador del Sol Naciente? —preguntó con voz campanuda y atusándose el inexistente bigote.

La muchacha soltó una argentina carcajada. Introduciéndose en la boca el resto de la apetitosa pasta se abrazó a su tío, besándole con la boca llena.

Sin apenas poder hablar le obligó a bailar con ella, con gran contento por parte de él, ya que, no obstante su edad, cincuenta años impredecibles, podía competir con cualquier joven admirador de Terpsícore.

Al sonar la última nota indagó el diplomático:

—¿Se puede saber qué estáis celebrando? Que yo recuerde no es hoy el santo de ninguno.

—Yo, tío, celebro una fiesta confidencial. Pero no me preguntéis cuál, porque es un secreto que no puedo revelar. Celebrarlo conmigo y os lo agradeceré mucho, ¡muchísimo! Hasta os daré un beso.

—¿A mí también? —interrogó el secretario.

—¡También, hombre! —repuso, sabiendo que él siempre había estado enamorado de ella y que por su carácter apocado nunca se decidió a declararse.

—¡Caramba, James! —intervino el diplomático—. ¡Ni que fuera la Lollobrígida!

—La Lollo..., ¿qué? —preguntó, boquiabierto.

—Bueno, lo que sea. Quería decir que un beso de esta feúcha no es para que te pongas así.

—No es feúcha, señor Jefferson... ¡Es... divina!

—Chico, no ve mayas a pegar. Oye, vampiresa, ¿qué le has dado a este muchacho? ¡Anda, anda, miren al tímido!

Las carcajadas de Claire ante las bromas de su tío tuvieron dos virtudes. La primera, atraer a la señora Jefferson. La otra, enardecer al secretario, que salió del cuarto, después de lanzar un seco:

—¡Buenas tardes!

Pero si Claire hubiera podido leer los pensamientos de James, quizá su risa sana y bienintencionada se habría borrado para dejar paso al pánico.

—¿Qué le habéis hecho al pobre Blake? —Era la señora

Jefferson la que preguntaba, intrigada por aquellas carcajadas ruidosas—. No sé cuándo vas a tener juicio, Austin. Eres peo que ella. Habéis humillado al muchacho, haciéndole salir sonrojado.

Cesaron las risas al unísono.

—¿Humillado? —El tío fue el que preguntó, sorprendido.

—¿Nosotros le hemos humillado? —recalcó Claire, con la misma sorpresa.

—Sí —afirmó—. Sin duda le habéis dicho algo, sin daros cuenta, que le ha herido en su dignidad. ¿Qué ha sido?

Desde el «hall», en donde el secretario se ocultó para que no pudieran ver su rabia, oyó las frases de la embajadora. Y su cara, descompuesta por las pullas del tío y de la sobrina, cambió de aspecto, para adquirir un rictus de odio tal, que hubiera alarmado a cualquiera.

Y es que aquel hombre creyó que se burlaban de él cuando casi inconscientemente declaró su amor a la muchacha. «Claro —pensó—, me creen muy poco para la distinguida sobrina de los embajadores. Me toman a chacota. No pueden creer en serio que yo, un modesto secretario particular, recogido casi por caridad, pueda pretender casarme con Claire Fulton. ¿Qué es ella más que yo? Nada, otra huérfana a la que, como a mí, mantienen. Yo gano mi sueldo con mi trabajo, mientras ella brilla y derrocha en la sociedad como si fuera la propia hija de los Jefferson...».

No era justo al discurrir de este modo. Jefferson había sido un buen amigo de su padre. Le trataba no como un asalariado, sino como a uno de la familia. Le nombró su secretario particular, por ser este cargo el de más confianza. Ni siquiera le permitió hospedarse fuera de casa. Los cuatro vivían juntos, como lo que en realidad eran: una familia bien avenida. Blake ocupaba su sitio en la mesa a la derecha de la embajadora y frente a la muchacha. Tanto la joven como el resto de la familia le trataban como a uno más de ellos mismos. Jamás hasta la llegada de Pat Stuart su jefe le ocultó nada. Y si ahora lo hacía era porque el hombre del

F. B. I.,

así se lo había indicado. En cuanto a que estuviese enamorado o no de su sobrina, Jefferson no estaba enterado de nada. Si ella le quería o no allá ellos. El embajador era hombre que no se mezclaría en nada. Hasta era posible que se alegrara que se unieran. Quería

bien a los dos y veía en su secretario un buen marido para su sobrina, puesto que demostraba ser morigerado de costumbres, trabajador y serio.

Pero el secretario estaba corroído por la envidia. Odiaba a todos los que consideraba superiores a él. No se resignaba a vivir normalmente. Adoraba, ansiándola, la vida de los millonarios. En su atormentado cerebro no encajaba la idea de que el amor verdadero no puede comprarse con dólares. No se daba cuenta de que ofendía a la muchacha al pensar de esta forma.

Claire Falten no sólo estaba dotada de una gran belleza, sino que además era lo suficientemente avispada, como para que se le pasaran inadvertidas las incendiarias miradas y solicitudes amorosas de su mudo adorador.

A ella, sin saber por qué, no le gustaba aquel hombre. Le encontraba algo siniestro en los ojos cuando la miraba fijamente. Aquellas pupilas, agrandadas por las dioptrías, le producían frío a lo largo de la columna vertebral. Y aunque trataba de convencerse de que era buena persona, y de que aquello era absurdo, no conseguía evitar un hálito de repulsión cuando estaba con él a solas.

De esto, naturalmente, se percataba Blake, haciendo que su insana pasión creciera y sintiera mayores deseos de tomarse la revancha. Así, en su perturbada mente, se cocían ruines proyectos de venganza que, llevaría a efecto cuanto antes.

Austin Jefferson levantó el auricular con desgana para contestar a la llamada.

—Si —dijo—. El embajador a la escucha —era la «muletilla» que empleaba por si el

«G-man»

telefoneaba—. ¿Mi sobrina? Espere un momento.

Pulsó un timbre y acudió un criado.

—Avisé a mi sobrina que le pongo la comunicación en su cuarto.

—¿Le ocurre algo, señorita? —El criado preguntaba solícito a través de la puerta.

—No nada, Charley. Pasa. ¿Qué quieres?

—He llamado tres veces, señorita.

—¿Sí? Bueno, es que estaba entusiasmada con la novela.

—No debía usted leer esas tonterías. No son más que

exageraciones de los novelistas.

—No siempre, Charley, no siempre. Diñe: ¿qué querías?

—Perdone, señorita. La llaman por teléfono. Tiene comunicación aquí.

—Gracias, hombre.

Salió el fámulo, tomando ella el aparato. Cuando supo quién era el conferenciante se echó atrás, llevándose la mano al pecho.

—¡Usted! —exclamó—. ¡No quiero verle más! —Y ya se disponía a colgar, cuando preguntó con ansiedad—: ¿Cómo dice?

—¡No es cierto!... ¡No puede ser!...

—¡...!

—¡No iré!... ¡No le obedeceré más!... ¡No...!

Oyó el «clip» que le demostraba que su interlocutor había cortado. Dejó el auricular y se echó en la cama de espaldas. A través de sus rizadas pestañas se deslizaron dos gruesos lagrimones.

—Hay a veces menos imaginación en los escritores que en la vida real —comentó—. ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para sufrir así?

Cuando ya estaba en el pasillo se volvió con gesto enérgico. De donde guardara la pistola la noche que se la devolviera Fletcher, la tomó, cerciorándose de que estaba cargada. Con ella en el bolso salió hacia la calle.



*Tomo la pistola cerciorándose de que estaba cargada.*

En el «hall» del Siyoken Hotel se encontraban Gruber y Silver Beery, charlando amistosamente.

Ya el agente del  
F. B. I.,  
había sido admitido formalmente en la banda. La noche anterior fue

llamado a presencia del jefe, con el que se entendió a la perfección. Mientras el encapuchado y orgulloso «big-boss»

hablaba con endiosamiento, Pat le estudió detenidamente. Y sacó algunas impresiones que estaba seguro que le servirían para descubrir su identidad. Desde luego, sacó la consecuencia de que no le había visto jamás, aunque estaba seguro de que tan pronto se le pusiera por delante le identificaría. Había podido observar ciertos detalles...

En aquel momento entraba en el hotel la sobrina del embajador. Era la segunda vez que la veía y notó con sorpresa que se le alegraba el alma. Sin saber a qué atribuirlo, sintió la incontenible necesidad de abordarla. ¿Con qué excusa lo haría? No se paró a pensarlo. Pero la suerte vino en su ayuda.

La muchacha se había detenido en la oficina de información sin duda para ordenar que avisaran a Fletcher. Abrió su bolso para sacar el pañuelo. Éste se le cayó, y tan pequeño incidente fue lo que sirvió a Pat para que, con toda rapidez, se agachara a recogerlo.

—Dispense, señorita. No merecía la pena que usted se molestase.

—Gracias, señor...

—Gruber, Kid Gruber. Los amigos y las mujeres bellas me llaman Kid.

No estaba Claire para «flirts» aquella mañana. Sin embargo, sonrió halagada.

El empleado de recepción les interrumpió.

—Perdone, señorita. El señor Fletcher la espera.

—Gracias —repuso seria. Y dirigiéndose a Pat—: He tenido mucho gusto, señor. Me llamo...

—Claire Fulton, y es, además de sobrina de nuestro embajador, la compatriota más bonita que el Tío Sam ha mandado al Japón —terminó simpáticamente el «G-man».

No hablaron más. La muchacha ascendió con paso rápido la escalera desdeñando el ascensor. Cuando llegó al pasillo sonrió recordando al simpático entremetido. De pronto se detuvo tensa. Por la imaginación le había pasado la sospecha de que el guapo muchacho bien podía ser un «gángster» de Fletcher. Sí, porque sabía quién era ella y no dio muchas muestras de ignorar a quién venía a

visitar. Se encogió de hombros y siguió adelante, aunque no olvidaba del todo la agradable y varonil apostura del tal Gruber.

—¡Vaya contigo, Kid! —Embromó Beery—. ¿Sabes quién es esa beldad?

El

«G-man»

no contestó. Tenía sus cinco sentidos concentrados en un solo pensamiento. ¿Qué demonios iría a hacer la sobrina del diplomático a la habitación del «boss»?

Fue Beery quién se lo dijo con acento picaresco.

—¿Me oyes, Kid? —Al observar que Gruber le miraba, continuó—. Pues nada más que la sobrina de Jefferson. La que facilita al «boss» los documentos que necesitamos, y la que nos avisó de la llegada del «gato» que liquidamos en el parque...

El «killer» enmudeció al observar el cambio de su compañero. Éste cerró los ojos y apretó los maxilares.

—Continúa, Silver —ordenó con voz dura.

—Pero...

—No te preocupes. Cuéntame eso.

—Decía que esa belleza es la que facilita al «boss» lo que le pide. La tiene bien cogida, y la muchacha no puede negarse por...

—¡Sí, eso ya lo sé! Lo que quiero que me digas es si fue ella la que os informó de la llegada del agente. Y si habló con él antes de..., de que lo asesinaran.

—Mira, Gruber: no sé qué te ocurre, pero te diré que, en efecto, ella le dijo a Fletcher que había venido el «gato», que se llamaba Stuart y que se hospedaba en el hotel. En cuanto a si habló con él, no lo sé. ¿Tanto te interesa?

—¡No lo sabes tú bien! —contestó, enigmático.

—Pero ¿por qué, Kid?

—Por cosas que no comprenderías. Espérate aquí, voy a escribir una carta.

Se aproximó a una mesa y rasgueó unas letras. Cerró el sobre y fue al ascensor.

—Oye, pequeño —dijo al botones—: haz al favor de subirle esta carta a la condesa Welinsky, Cuando te dé la contestación me haces una señal. ¿Enterado?

Le guiñó un ojo el japonésito, correspondiéndole éste con una

amplia sonrisa, mientras se guardaba la espléndida propina recibida.

Tornó a sentarse de nuevo junto a Beery, que le observaba sorprendido por las maniobras que estaba realizando.

—Oye, Silver —le participó—: ¿tú me aprecias de verdad?

—Ya sabes que sí, Gruber —repuso el «gángster».

—Pues si es así, no te asombres por nada de lo que me veas hacer. Pero antes de nada dime quiénes fueron los que dispararon contra el del

F. B. I.

—Uno fue Lawson, con Owen y Nijita-Yoqui, uno de los nipones, antiguo luchador de judo. Entre los tres lo despacharon. Su pistola es la que usa Lawson. Es una «Germán Luger» completamente nueva. La cartera con su carnet y algunas fotos militares la tiene Owen, y la placa la guarda el japonés, que dice colecciona recuerdos policíacos.

—Está bien, Beery —concedió—. Si me prometes no decir nada a nadie de las preguntas que te he hecho, repartiré contigo el botín que pienso llevarme, y te anticipo que será grandioso, como para no «trabajar» más.

Los ojos, del «gángster» lanzaron destellos codiciosos.

—¿Es que piensas traicionar al «boss», Kid? ¡Mira que es peligroso con el enmascarado ese!

—Yo no traiciono a nadie —contestó sin mentir, aunque el pobre Beery no entendió su sutileza—. Yo cumplo con mi deber. Ese cerdo de Ben trata de eliminarme y me voy a vengar pisándole la «pasta», que es lo que más le duele.

—¡Chócala, compadre! Ya puedes ir ordenando.

En aquel momento, Yogata Jones hizo una seña a Pat. Éste dejó su asiento para dirigirse al chico. Ya no le importó que Silver viera cómo recogía la contestación de Nadia.

Ya en su poder la contestación, levantó la mano en dirección al «gángster», indicándole que esperase.

Encerrado en una cabina telefónica sacó un papel y lo comparó con el entregado por el botones.

Y de nuevo volvió a su rostro el rictus de dureza que tanto inmutó a Beery.

—¡Miserable!... —musitó—. ¡Te juro que no habrá compasión

de ti!...

Salió y fuese a ver a su «aliado».

—Mira, Gruber, ahí baja «la diplomática» —avisó el «killer».

Pero esta vez no hizo Pat el menor movimiento. Se limitó a seguirla con la vista. Había observado que detrás de la muchacha descendía sonriente uno de los hombres del «gang».

Claire llegó a donde tenía aparcado su coche. La cara de la bellísima muchacha estaba contraída y con huellas de gran sufrimiento. Puso su mano en la manilla para abrir la portezuela cuando se le acercó Lawton sin perder su cínica sonrisa. Pat pudo ver cómo la chica miraba al bolsillo derecho del «gángster», donde sin duda mantenía un arma. Por el otro lado del automóvil se subió Owen, poniéndose al volante. Claire dirigió su vista hacia las ventanas del hotel, y con un gesto de coraje entró en el coche. Desde el ventanal, el gordo «boss» reía temblándole la grasienta papada.

El agente estuvo a punto de intervenir para salvar a la muchacha, pero comprendió que de hacerlo echaría a rodar todo su trabajo. Supuso que ella se habría negado a seguir secundando al grotesco «boss» y la habrían raptado para obligarla a obedecer.

Miró su reloj y se dispuso a esperar en el lugar donde había citado a la rusa. Pensaba sonsacarla unos datos imprescindibles para dar el ataque final.

Y mientras tanto, el automóvil que conducía a la valerosa sobrina del embajador americano avanzaba a través del Parque Dange-Zata, hasta parar junto a otro vehículo en el que obligaron a entrar a la prisionera.

—En este sitio «enfriamos» al «poli» de tu país, nena —comentó el presuntuoso Lawson, estirándose los puños de la camisa y arreglándose el nudo de la floreada corbata.

—Ya lo sé, «Robert Taylor» —repuso la chica, con burla—. Aunque para vosotros hubiera sido igual cualquier otro. Con tal de cogerlo indefenso y entre varios...

El engreído no paró mientes en la valentía de la muchacha, ni se fijó en su sexo. La tomó por el cabello y la propinó dos fuertes bofetadas que le encendieron las sedosas mejillas. Pero si pensó que de esa forma la harían entrar en razón, debió sufrir el mayor desengaño de su vida. Claire no se quejó, se limitó a corresponderle

como se merecía.

—¡No te lo decía yo, «valiente»! —se burló de nuevo.

Y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, le echó las manos a la cara, tirando con fuerza hacia abajo.

La piel cuidada del cobarde cayó arrancada. Desde debajo de los ojos a la barbilla se formaron rayas sanguinolentas que hablaban por sí solas de la eficacia de las uñitas laqueadas da Claire Faltón. Y aún tuvo la osadía de añadir:

—Lo siento, «Tyrone Power», pero tus admiradoras japonesas sufrirán un desencanto durante algún tiempo.

La contestación del forajido fue largarle un culatazo en la cabeza que, lógicamente, desvaneció a la chica. Y no se conformó con eso. La tiró al suelo, colmándola de soeces denuestras.

El coche paró ante el refugio de la banda. Claire fue colocada sobre uno de los petates en espera de que llegase el jefe supremo, que tenía anunciada su visita para interrogar a la prisionera.

Al entrar Lawson y observarle sus compañeros, excusado es decir que fue víctima de toda clase de chanzas más o menos ofensivas.

Un japonés gigantesco, el llamado Nijita-Yoqui, miró primero a la muchacha y después al «killer», se rascó su afeitada cabezota y comentó:

—No es posible que esa poquita cosa te haya hecho todo eso, compañero.

—¡Si no te callas, te mando al pudridero! —amenazó el vapuleado.

—Prueba —fue la lacónica respuesta del coloso.

—No te enfades, Lawson —intervino Owen—. Pero es que llevas una temporada que es todo un «récord». Es la tercera vez en pocos días que te estropean el físico.

—¡Dejadme en paz todos, mamarrachos! Cuando se recupere esa arpía va a saber quién es Henry Lawson...

—Es un pistolero a mis órdenes —dijo el encapuchado jefe, que estaba detrás del grupo y que había entrado secretamente—. Y además, el que toque un solo cabello de esa mujer tiene pena de muerte instantánea. Ten en cuenta que no estás muerto aún porque no quiero perder ningún hombre, pero tu torpeza es digna de que te eche como alimento a los peces. Y lo haré en cuanto te acerques a la

prisionera. ¿Entendido, estúpido?

—Sí..., jefe —tartamudeó el chasqueado.

—A ver si me refrescáis a esa fierecilla. Es necesario que le hable. Apagar las luces; con una sola bombilla encendida está bien.



### **¡LLUVIA DE REGALOS!**

Además de coleccionar la mejor Serie de CROMOS, en los sobres del F. B. I. encontraréis VALES que os darán derecho a recibir BICICLETAS, BALONES, PELOTAS, BOLIGRAFOS Y OTROS VALIOSOS REGALOS.

## VIII

### UNA TRAMPA PARA NADIA



ENTADOS en sendos «totamis», una especie de esteras de bambú, del Loto Rojo, cafetín típico del país, Pat y Nadia sostenían un animado «tete a tete». Los dos eran veteranos en el arte de la intriga y los dos trataban de engañarse. Quizá tuviese ventaja Pat, ya que conocía más de ella que la rusa de él. Nadia contaba con su seductora belleza y la práctica de otras ocasiones. ¿Quién vencería a quién? No lo sabemos. Lo que sí se puede afirmar categóricamente es que la pugna iba a ser digna de la desigual pareja.

—Encuentro un poco rara tu cita en este sitio —decía la condesa

—. Con tanto ruido es difícil entenderse.

—Pues precisamente lo he elegido por eso. Hace tiempo que aprendí que entre el bullicio es donde mejor se puede hablar confidencialmente.

—Está bien, cariño. Dime lo que sea; tendré mucho gusto en complacerte. Eres el único hombre que de veras he querido...

—Sí, claro. A los demás les habrás dicho lo mismo y se lo habrán creído, ¿verdad?

—¿Celoso?

—No, si te parece, me sentiré feliz. Cuando pienso que otros han podido besar esa boca...

—Pero, mi vida, eso es absurdo. Ya ves como yo no pienso en las mujeres que te hayan besado a ti. Anda, amor mío, deja eso y hablemos de otra cosa.

—Tienes razón, querida. Me estoy comportando como un cadete en vacaciones. Veamos: ¿quieres decirme qué poder tiene Fletcher sobre esa simplona sobrina del embajador? Me contó algo Beery, pero no le presté mucha atención.

—¡Ah! ¿Era eso? Pues verás: esa estúpida cayó en un lazo que le tendió hábilmente Ben.

Nadia contó entre bromas el chantaje que el gordo «boss» hizo a la crédula chica.

—Todo fue diestramente simulado. La pistola estaba cargada con cápsulas de fogueo y el «muerto» era uno de los hombres de Ben. Después le entregó una pistola parecida para que ella soltara el microfilm. Pero jugaron de pillo a pillo y quedaron empatados. Ésta, vez lleva más triunfos el gordo, puesto que tiene la pistola con las huellas, aunque no obstante la chica se ha negado a seguir obedeciendo. Pero terminará accediendo, porque Ben la ha raptado para amedrentarla.

—¿Y si no consigue asustarla?

—Lo conseguirá aunque tenga que torturarla. Si no lo logra...

—¿Qué? —indagó el

«G-man».

—Le huele la cabeza a pólvora, cariño.

—Sí que le huele, sí —confirmó él, con doble sentido—. Oye, nena, dime otra cosa: tú no llegarías a conocer al agente ese que liquidaron Lawson y los demás...

—¡Pues te equivocas, mi vida! No sólo lo conocí, sino que además me galanteó comprándome claveles enanos y heliotropo, mi perfume preferido. Por cierto que le gasté una broma macabra. Cuando supe quién era le envié, una nota muy graciosa —y la chica rió a carcajadas—. ¿No te ríes, querido?

Tuvo el hermano de Tom que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no estrangular a aquella infame.

—No me gustan esa clase de bromas, Nadia. Cuando una persona muere traidoramente en el cumplimiento de su deber, lo menos que merece es, el respeto y la admiración de sus asesinos.

En aquel momento recordó la rusa a quién se parecía Pat. Y como su inteligencia era poderosa, no dudó ni un segundo que tenía ante ella al peor enemigo que podía soñar, al hombre que indudablemente había venido desde América para vengar al caído: ¡al hermano del agente! Haciendo un esfuerzo para disimular su descubrimiento, fingió una ligera jaqueca.

—No me encuentro bien, Kid. Espera un minuto; voy al tocador.

Accedió Stuart, a pesar de haber comprendido que ella le había descubierto. No en balde fue él quien eligió el lugar para la entrevista. Tenía previsto aquel subterfugio muy probable en caso de que ella tuviera que huir. El cafetín no tenía teléfono interior ni salida excusada.

Sonriendo a su pesar, prendió un cigarrillo. Suponía lo que iba a ocurrir en cuanto saliera ella.

—Vámonos, cariño —dijo Nadia—. No me siento bien. Son unos arrechuchos que me dan de cuando en cuando. Con una aspirina y durmiendo un rato, suele pasárseme.

—Como quieras, querida —accedió él, risueño—. Lo primero es tu preciosa salud.

El agente federal sabía que en cuanto llegaran al hotel la rusa le desenmascararía. Pero no pensaba dejarla llegar.

—Vámonos dando un paseo, nena. Es posible que el aire te siente bien. Quizá el cargado ambiente de ese cafetín te haya mareado un poco.

No se atrevió a replicar la esclava. Accedió pensando que el caso era llegar al refugio. Una vez allí le sería fácil hacerle caer en una encerrona para que, como su hermano, muriera de una indigestión de plomo.

Caminaban silenciosos. Pat la llevaba cogida del brazo. Con la otra mano empuñaba su pistola dentro del bolsillo. No olvidaba que Nadia podía resultarle tan peligrosa como un «gángster», o más quizá.

—¿Te sientes mejor, amor mío? —preguntó con ironía.

—No, Kid; tengo un terrible dolor de cabeza. Cuando duerma un rato se me pasará.

—Sí. Pero quizá no puedas dormir muy tranquila.

—¿Qué quieres decir? —indagó, alarmada.

Hablaban parados junto a una casa de modesta apariencia, sita cerca ya del barrio residencial. En los ojos de la Welinsky leyó el «G-man»

el deseo de fugarse. De un empujón la obligó a entrar en el portal.

—No intentes correr, o pedir socorro, mala pécora. No tendría ningún inconveniente en disparar sobre ti.

—¡Pues lo haré! ¡Chillaré para que me proteja la Policía! ¡Tú no tienes autoridad aquí!...

—¡No lo harás, infame! Eres una espía. Te juro que he de llevarte conmigo aunque sea a rastras...

Cuando se disponía a reducirla oyó una voz dulce que en un inglés macarrónico les decía:

—¡Oh señores! Pasen, pasen. Estamos celebrando el «Cha-rió-yú»[7]. «Amoterasu» nos dará su bendición si hay extranjeras en nuestra, humilde morada.

Pat conocía sobradamente las milenarias tradiciones niponas. Sabía que no se debe dejar de aceptar una invitación de esta clase so pena de convertirse «*ipso facto*» en el peor enemigo del pueblo y quedar expuesto a que cualquier miembro de la familia le asesinara en un momento de fanatismo.

Ya finalizado el «festejo raro y aburrido», como en su fuero interno lo denominaba Pat, el vejete jefe de familia autorizó con su voz cascada y fina la retirada de los extranjeros...

—Si ellos lo desean —añadió.

—Sí, nos vamos —agarróse como a clavo ardiendo el agente especial—; tenemos que ir a un sitio no tan agradable como éste, y los malos tragos hay que pasarlos cuanto antes. ¿No te parece, querida?

Ella no respondió de momento. Aunque había pensado en

negarse, tratando de engañar a aquella sencilla y crédula gente, no lo hizo al recapacitar que podía su capturador decir que era una espía.

Después de ser despedidos con muchas zalemas y palabras almibaradas, Pat volvió la cabeza. Al verse solo en el zaguán propinó un golpe de judo sobre el cuello de la bella rusa, haciéndola perder el sentido.

—Lo siento, encanto; pero cuando las sirenas son escurridizas, no quiero quedarme sin ti. Te quiero tanto...

La dejó tras de una puerta y salió a la calle en busca de un taxi.

—A mi señora le ha dado un vahído. Llévenos rápidamente a la Embajada americana. Puede ser grave, ¿sabe?

—¡Sí, señor, sí! Suban —repuso el taxista, oliendo uno de aquellos billetes verdes que tanto prodigaban los yanquis.

El coche se portó conforme exigía la «gravedad» de la señora «desmayada», y en pocos minutos llegó a la puerta de la Embajada.

—Pare aquí, amigo —ordenó Pat—. Voy a ver si puedo entrarla por la puerta trasera. Ne me parece bien alarmar a toda la gente.

El

«G-man»

se metió por una calleja. Apenas tardó unos minutos en reaparecer. Hizo una seña al conductor y éste condujo el coche hasta la entrada de servicio.

Procurando que no se le viese la cara, Stuart tomó en brazos el cuerpo de la rusa y lo introdujo en la casa. Tampoco ahora se hizo esperar con demasía. Se acercó al chofer, entregándole uno de aquellos papelitos que éste esperaba.

—Tome, amigo, se lo ha ganado. Y este otro si me promete olvidar dónde le he alquilado.

—¿A mí, señor? ¡Yo a usted no le he visto en mi vida! —contestó, componiendo una cara de sorpresa que convencería al más avisado.

—¡Bravo, hombre! Deje el «cacharro» y dedíquese al cine. Tiene usted madera de buen actor.

En el sótano de la Embajada se encontraba el representante de Washington en Tokio, tratando de reanimar a Nadia Welinsky cuando entró Pat, cerrando la puerta tras él.

—¿No le habrá dado demasiado fuerte, Stuart? Esta mujer no

reacciona.

—No creo. La di con mimo. A ver, déjame a mí.

Pat levantó los párpados, tirando de las larguísimas pestañas. Separándose un poco, se dirigió, burlón, a la rusa.

—Vamos, amor mío, abre tus lindos ojitos para que los veamos...

—¡Traidor, farsante, cochino!... ¡Te mataré!... —estalló la esclava, presa de un ataque furioso.

—¿Ve usted, señor embajador? Es fácil saber cuándo una persona está desvanecida o lo finge. Las pupilas deben estar inmóviles, fijas, cuando se carece de sentido. Sin embargo, las que tratan de simular el desmayo, intentan poner los ojos en blanco. ¿Que por qué? No lo sé. Lo que sí es seguro es que casi siempre ocurre así. En Quántico enseñan las cosas más inverosímiles, como, por ejemplo, las reacciones de todas clases de gentes. Por eso me separé de la dulce condesa. Si me agarra cuando le rogué abrir los ojos es posible que con las uñas me hubiera puesto hecho un «Eccehomo».

Con esto demostraba Pat Stuart su poderosa inteligencia. Al embajador no le cupo duda de que con esta clase de agentes su patria podía justamente enorgullecerse de ellos.

—Y bien —preguntó—: ¿qué hacemos con ésta, mujer?

—Por ahora, nada. No hace falta interrogarla, porque yo ya sé tanto como ella del «negocio» que realizan. Dígame una cosa: ¿son de su entera confianza todos los de la Embajada? ¿No habrá peligro de que ninguno pueda libertar a la irascible condesa?

—Sólo podría confiar en mi secretario particular y en Charles —contestó, pensativo—. Charles lleva a mi servicio más de veinte años, y nos quiere como nosotros a él. Sobre todo a Claire. La trata desde que era pequeña.

Al nombrar a su sobrina, recordó Pat que aún no le había hablado de ella y del chantaje de Fletcher.

En realidad, sólo se limitó a decirle que estaba en camino de dilucidar el asunto, y que Nadia era una de las comprometidas, a la que convenía quitar de la circulación hasta que él ultimase el servicio.

—Hasta la vista, «querida» —dijo, despidiéndose de la rusa—. Ya vendré a verte de cuando en cuando. ¡Ah! Si prometes ser

juicioso, te quitaré esas lindas pulseras y te dejaré suelta, para que pasees por tu jaula. Y un consejo: no trates de sobornar a tu guardián, porque ya has oído al señor embajador. Se trata de un hombre que quiere a Claire como a una hija, y cuando se entere de lo que habéis estado haciendo con ella...

—¿Qué está diciendo, Pat? —interrumpió el tío de Claire—. ¿Es que esta gente ha hecho algo a la chica?

—Paciencia, señor, paciencia —le frenó, sonriente—. No se preocupe. Se lo contaré todo ahí fuera.

Salieron de la improvisada celda, que no era más que una habitación de las varias que había en el sótano del edificio, a la cual no tardaron en dotar de un catre y unas sillas, que la dejaron convertida en una celda segurísima, dados sus pétreos muros y la absoluta carencia de comunicaciones con el exterior. La puerta, de gruesa y fuerte madera claveteada, estaba dotada de un ventanillo cruzado por dos barrotes de hierro. La cerradura, antiquísima, chirrió ahora al ser manejada por el «G-man».

—Cuando desees algo, llama a Charles, nena. Yo voy a buscar a Claire. No me agrada que alterne con gente como tus amigos.

La respuesta de Nadia fue un escupitajo grosero, que Pat evadió retirando la cabeza del ventanuco.

El embajador hizo acudir al fiel criado. Entonces fue cuando Pat narró sucinta y claramente todo lo ocurrido a Claire desde que conoció al «boss».

Tanto el embajador como el criado se condolieron de lo que sufriría la pobre muchacha al tener que obedecer a semejante criminal. Charles comentó, con voz baja:

—Tenía razón la pobre niña. Algunas veces sí que ocurren cosas que no son sólo exageraciones de los novelistas.

—¿Qué estás «rezando» ahí? —indagó el embajador.

—Nada, señor. Es que pensaba...

—No pienses más que en vigilar a la prisionera. Es bastante más peligrosa de lo que puedas imaginar —recomendó Pat.

—Pues como le pase algo a mi niña... ¡Perdón, señor! Quiero decir a la señorita Claire, puede que no le queden fuerzas a esa...

—Bueno, bueno. Quédate ahí y ten cuidado.

Subieron los dos hombres al despacho para disponer el plan de

ataque. El embajador quería tomar parte directa, alegando que por tratarse de su sobrina, nadie le negaría el derecho que le asistía. Tuvo el agente que recurrir a toda su elocuencia para convencerle.

—Además —agregó—, no se trata de la detención de la banda. Primero hay que desenmascarar al jefe, saber quién es, poder probarle sus delitos y detenerle. Y esto último no es nada fácil.

—¡Sí; pero si entre tanto asesinan a Claire...!

—Un momento, señor embajador. No creo que a su sobrina le ocurra nada, de momento. Tengo mis sospechas y creo saber quién es el jefe...

—¡Pues entonces...!

El gesto de Pat se endureció aún más.

—Pues entonces voy a permitirme recordarle dos cosas, que empieza usted a olvidar. La primera y primordial es que usted se debe a su patria y no puede ni debe posponerla a un asunto particular, como es el rescate de Claire. Esa muchacha merece el susto que está pasando, por tratar con gentes desconocidas y por acceder a las imposiciones de ese «gángster»...

—Sí; pero ella...

—Le suplico que no me interrumpa, o tendré que recordarle cierto oficio del secretario de Estado, que sin duda habrá recibido, en que le ordenan su «colaboración conmigo» —matizó—. De manera que óigame hasta el final. No olvide que yo perdí a mi hermano. Tom, asesinado por los mismos que tienen en su poder a la muchacha. Cuando yo me enteré de su alevosa muerte, me propuse venir a vengarle sin ayuda de nadie. El inspector Rawlins me hizo ver que el asunto tenía algo de patriótico y pospuse mis ansias de venganza a mi patria.

»Porque no sabiendo sacrificarse por la patria es como se pierden las guerras y, por consiguiente, se pierde la patria.

»No quería llegar a decirle tanto, señor; pero desde que lucho por algo tan sagrado como es mi deber, he comprendido hasta donde hay que llegar para conservar una nación como, por fortuna, es la nuestra».

Hizo una pausa, que fue aprovechada por Jefferson para decir, realmente conmovido:

—Aunque me ha rogado que no le interrumpa, lo hago para decirle que reconozco mi culpa, más aparente que real. Puede

asegurar que me he expresado mal antes. Jamás he titubeado en ofrendar cuánto soy y pueda valer en el holocausto de nuestra patria. Disponga como estime oportuno y cuente siempre conmigo para todo. No sabe cuánto le admiro. Y no sólo a usted, sino a todos Los componentes de ese magnífico Cuerpo. Ese fantástico

F. B. I.,

que honra a los Estados Unidos honrándose él.

—Gracias, señor embajador. En nombre propio y en el de mis compañeros. Y ahora, si quiere, pongámonos en campaña, y que Dios nos ilumine. Lo primero de todo es pedirle que me presente a su secretario. Aunque ni a él ni a nadie, le repito, debe contar nada, ¿comprendido?

—¡De acuerdo! Y eso que me da pena el pobre Blake. Cree que desconfío de él, y está algo enojado conmigo.

—Pues nada, señor Jefferson, sigamos el camino previsto, que ya ve no nos ha ido mal.

—Gracias a su talento, amigo mío.

—Quizá sea otra cosa, señor —contestó, sonriendo.

## IX

### BEERY ESTUVO EN LA GUERRA



OSTENÍA una inverosímil cantidad de ceniza el pitillo del secretario del embalador, que por milagro no había caído sobre la magnífica alfombra persa.

Al sentir que se abría la puerta del despacho pareció que James Blake despertaba de un sueño. Y como un presagio, el compacto resto del cigarrillo se estrelló sobre la muelle alfombra, formando una irregular figura gris.

—¡Hombre, James! ¿Estabas dormido?

El pequeño empleado, ya de pie, pisó la cenicienta figurilla, y contestó, sin ocultar su sorpresa al ver un desconocido

acompañando a su jefe:

—Es posible que haya sido así. No tenía ganas de hacer nada y salí un rato. Después me senté y...

—Bueno, bueno —interrumpió, campechano, Jefferson—. Mira: quiero presentarte al agente al que tantas ganas tenías de conocer. Se llama Pat Stuart.

Si el hombrecillo sufrió alguna impresión al ver a Stuart, supo disimularla, puesto que Pat, que le estudiaba a fondo, no pudo notar más que la natural curiosidad que a cualquier persona puede producirle el conocimiento de otra nueva.

—En realidad, es cierto. Constituye siempre un acontecimiento estrechar la mano de un miembro de ese fabuloso

F. B. I.,

Pero ahora que caigo: ¿ha dicho usted Stuart? ¿No será familia de...?

—Sí, señor Blake —intervino el del

F. B. I.

—. Soy hermano de Tom. ¿Le conocía usted?

—Sí... o, mejor dicho, no. Le vi ya... muerto, cuando el señor embajador me ordenó encargarme de los trámites para el traslado del cadáver a Washington, tenía varios impactos de bala en el pecho. Ocho, si no recuerdo mal. Puede tener la completa seguridad de que murió casi instantáneamente. Su corazón fue atravesado limpiamente. ¡Qué pena, era tan joven! Usted es mayor, ¿verdad?

—Sí, amigo mío. Le llevaba unos catorce años. Era como si fuera un hijo. No teníamos padres.

—Una verdadera pena, sí —repitió, limpiando sus lentes y agitando la cabeza—. Y usted, ¿no teme que puedan repetir el atentado? Yo estaría realmente asustado, lo confieso. ¡Es tan fácil que le maten a uno por detrás!

—No. A mí es más difícil cazarme. No tiene más que ver que ya llevo algún tiempo, y he conseguido incluso introducirme en la banda de asesinos que perseguimos. El jefe de estos criminales me cree algo más despejado, pero es otro más. Debe ser un tipo estúpido, endiosado. ¡Qué sorpresa le aguarda!

—No sabe cuánto me alegro. Ya me figuraba yo que mandarían otro agente más ducho. Bueno, señor Stuart, y ¿cuándo terminará de una vez esta pesadilla? Me temo que esos canallas acaben con

usted, a pesar de su seguridad.

—No se preocupe, querido amigo. Cazar a un tigre joven es fácil hasta para aquellos que van por primera vez a la selva, pero el tigre padre en pocas ocasiones se la descubre. Conoce la selva y los trucos de sus enemigos. Diciéndolo en símil humano, si usted me lo permite, he sido «cocinero antes que fraile». Eso me ocurre a mí. Los que asesinaron, atravesando su joven corazón pleno de ilusiones, a mi pobre hermano, caerán en manos de la Justicia, sin ningún género de dudas. Y algo parecido le digo respecto a ese renegado, traidor a su, patria y cobarde criminal que se esconde tras una capucha. A ése, amigo mío, es muy posible que le mate yo mismo, si le agarro.

Había tal fiereza en el tono que empleó en sus últimas frases, que tanto el embajador como su secretario cambiaron una mirada de estupor.

—Ya está bien, Pat —indicó Jefferson—. ¿Qué le parece una copa de *«brandy»* antes de que se marche?

—Acepto. Perdonen ustedes; pero es que me enciendo al recordar que hay por el mundo hombres tan infames como ese encapuchado de los demonios. Debe ser un perturbado, un orate. ¡Bah! Olvidémosle. Venga esa copa, amigos. ¡A los malos tiempos, buenos tragos!

Mientras que Pat estuvo en el sórdido salón de té y después en «chano-yú» con la familia tradicionalista, hasta llevar a Nadia a su encierro, la sobrina del embajador fue conducida a la casucha que servía de refugio al «gang» de Fletcher. El jefe se acercó a ella con un brillo demoníaco en sus ojos, la acarició la cabellera y las mejillas. Sobreponiéndose, se dirigió a la mesa, ocupando una silla. Ordenó que sólo dejaran una luz, de forma que diera en la cara de la prisionera, y quedando él en la penumbra.

—¡Ayudadla para que se recupere! —gritó a sus hombres, con voz que se notaba desfigurada por algo que tenía en la boca.

Poco a poco la muchacha fue volviendo en sí. Al principio creyó se encontraba en su lecho y que había sufrido una terrible pesadilla.

La voz del enmascarado fue como una ducha fría que la despabilara brutalmente.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —preguntó, despavorida y

despierta por completo.

—Quién, soy, ya lo sabrás a su debido tiempo —el enmascarado jefe se dirigía a ella—. En cuanto a dónde estás, te responderé que, por ahora, te encuentras cerca de tu casa. Dentro de unos días serás mi mujer, y los dos estaremos en un sitio donde nadie podrá alcanzarnos. Ahora responde a mis preguntas, si no quieres que te someta a tortura.

Claire se había serenado y se encontraba dispuesta a aguantar cuanto pudiera. De ninguna manera volvería a obedecer a aquellos infames.

—¡No diré nada! Pueden matarme, si quieren —dijo, sentándose en el camastro.

—¿Ni siquiera si le contamos a tu tío que mataste a un hombre por defender a tu... «amigo», cuando te encontrabas con él a solas en su cuarto? —indicó el encapuchado, intencionadamente.

—¡Eso no es cierto! ¡Fletcher es otro canalla!

—Pero si Fletcher confiesa que es verdad, y muestra la pistola con tus huellas; si mandamos el «microfilm», y te denunciemos porque tú nos comunicaste la llegada del agente asesinado, ¿qué te ocurrirá?

—Ocurra lo que ocurra, ¡no haré nada de lo que me mandan! ¡Prefiero ir a la cárcel antes que seguir engañando a mi tío!

—¡Atadla y amordazadla! —exigió el siniestro jefe—. ¡Tú, Nijita: acaríciala un pie!

El gigantesco japonés hizo una mueca de asentimiento y de placer. En cuanto la muchacha quedó diestramente amarrada, el bruto la tomó por el pie izquierdo y comenzó a retorcerlo.

—¡Ju, ju! —rió el bestia—. ¡Qué pequeñito es! ¡Parece de juguete!

La chica tenía los tobillos atados a las patas del catre. No solamente sentía el dolor de la brutal torsión, sino que también el roce de las cuerdas la hería, arrancándole la piel. Y el verdugo seguía apretando, indiferente, mientras que la valerosa muchacha mordía la mordaza, agitando la cabeza. El dolor hizo que Claire perdiera el conocimiento.

—Oiga, jefe: la muñeca se ha dormido. ¿Sigo, a ver si despierta? —preguntó aquel bestia integral.

—¡Apártate de ella, gorila! Tú, Owen, intenta reanimarla.

Obedeció el «gángster».

—Se le está hinchando el pie, jefe.

—Eso no tiene importancia. Es un derrame sinovial, producido por la torsión. Ya se lo curaremos luego con unos masajes de embrocación y una venda apretada. Dejadla ahora. Así sufrirá más, y además, no podrá correr, si trata de escapar.

Aquel individuo era la maldad personificada. No tenía piedad para nadie. Su única finalidad consistía en amontonar dinero. Ante esto, no le importaba ni torturar ni asesinar.

—Me marcho ahora. Que nadie toque a la prisionera hasta que yo regrese —indicó—. Al que desobedezca..., ¡no sabe lo que le espera!

Cuando el jefe salió del refugio, montó en un pequeño «Peugeot» descapotable y, guardándose la máscara en un bolsillo, puso el coche en marcha.

No hizo más que salir del garaje donde solía encerrar, cuando otro hombre fornido entró, pidiendo hablar con el encargado. Y aquel hombre había recorrido ya tres o cuatro sitios semejantes en pocas horas.

Quién se aburría solemnemente era Silver Beery. Gruber le había dicho que esperara hasta que él volviese, y allí estuvo. Contento en un principio, porque tenía gran fe en su viejo amigo, y no dudaba de que cumpliría su palabra de entregarle la mitad de lo que se sacara de aquel negocio. Porque pisárselo al «gang», ¡vaya si se lo pisarían! ¡Conocería él a Kid Gruber!

Aquel tipo era capaz de embaucar al mismísimo «Scarface», si resucitara. Según fue pasando el tiempo, se fue enfriando su entusiasmo. ¿No le habría gastado una broma de las que acostumbraba? Vio venir hacia él al «boss», que le preguntó por Nadia y por Kid. Queriendo aumentar los celos del craso Fletcher, le dijo que estaban citados para dar un paseo, pero que no sabía dónde. El «boss» le ordenó que se quedara allí esperando, por si volvían, para decirles que fueran al refugio.

Accedió, no porque se lo ordenara aquel «buey con chaqueta», sino porque convenía a sus planes. Aquel «sapo con sombrero» no era ya su «boss». Él pertenecía desde horas antes a «la banda de Kid Gruber». Le había distinguido con aceptarle. ¡Menudos «golpes» pensaba dar con aquel águila por «jefe»!...

Pero no acababa de llegar el maldito. A punto estaba ya de recorrer la ciudad buscándole, cuando vio, conteniendo un suspiro, que su nuevo «boss» entraba en el lujoso «hall».

—¡Cáscaras, jefe! Creí que te había ocurrido algo.

—¿A mí? —repuso, ocultando la risa al oírse llamar jefe—. Tienen poca categoría esa gentecilla para compararse conmigo. Mira —añadió, mostrando un maletín que había preparado antes—: aquí hay la suficiente «pasta» como para pasarnos todo un señor veraneo en Acapulco. ¿Sabes dónde es eso?

—¡Claro, jefe! —repuso, entre grandes carcajadas—. En las costas de Méjico... ¡Con lo que me gustan a mí las «changuitas»!

—Bueno; pero no te relamas sin probar la miel. Esto no es mucho. Yo no he venido al Japón a llevarme cincuenta mil piojosos «pavos». Tenemos que dar un golpe al jefe de más del doble. ¿Estás dispuesto a ayudarme, camarada?

Jamás había soñado el bruto de Silver Beery ganar tanto dinero con aquella facilidad. Comprendiéndolo así, repuso, emocionado y muy de acuerdo con su pintoresca idiosincrasia:

—¿Que si estoy dispuesto? ¡Hombre, jefe! Contigo vuelo yo en un «platillo volante» hasta la... Bueno, hasta más arriba del cielo...

—Calla ahora. Nos están observando los demás. Vamos a mi cuarto a esconder el maletín. No es cosa de que cualquier «con» nos vaya a preguntar qué llevamos, ¿no crees?

—¿Qué? —preguntó, temblando—. ¡Ni hablar! ¡Soy capaz de tragarme el maletín! ¡Vamos, vamos!

Ya en la habitación, Pat abrió el armario para dejar el dinero. Al observar el nerviosismo de Beery, dijo:

—¿Quieres darte una ración de vista antes de dejarlo?

—¡Sí, jefe! Eso me tranquilizará.

El agente del

F. B. I.,

sacó dos pequeñas llavecillas, y entregó una a su acompañante.

—Toma —dijo—. Si a alguno nos ocurriera un accidente, el otro podrá disfrutar este dinero. Y ahora mira —añadió, mostrándole los fajos de billetes.

Las manos del ingenuo «gángster» manosearon el papel moneda, mientras su boca babeaba.

—¡Eres grande, jefe! ¡No hay otro como tú!

—Ya está bien, Beery. Los vas a destrozar. Ahora tenemos que planear el golpe que le pienso dar a ese espantapájaros con máscara —ordenó, cerrando el armario y dejando las llaves sobre el mismo.

Pat ya tenía su plan imaginado, pero necesitaba la cooperación de Silver. Con aquella demostración de destreza «gangsteriana» y de generosa camaradería podía asegurar que el «killer» le obedecería incondicionalmente. No obstante, le machacó su actuación hasta la saciedad, haciéndoselo aprender de carretilla. Cuando Silver se lo repitió por enésima vez, el «jefe» dio su aprobación.

—Está bien, camarada. Ahora dime si se te ocurre algo o encuentras alguna «pega».

El rudo bandido pensó durante algunos minutos, repasando cuidadosamente el piano.

—Lo único que no encuentro natural es por qué hemos de llevarnos a la sobrina del embajador. Puede ser peligroso. Y ¿por qué no liquidar al jefe?

—Tiene una fácil explicación, que comprenderás en seguida. Escucha: «despachar» a los hombres del «gang» puede ser para la Policía un arreglo de cuentas de otra banda o, por lo menos, un favor que les hacemos, evitándoles trabajo. La chica no puede morir, porque nos rastrearían los del

F. B. I.,

por todo el mundo. Tú ya los conoces. La llevaremos con nosotros y la dejaremos en algún sitio lejano, para que tarde en volver a su casa. Mientras tanto, al jefe lo dejamos en las cercanías de cualquier puesto de Policía, con una notita en sitio visible acusándole de espía y con los documentos de la Embajada en sus bolsillos.

—¿Nosotros, chivatos? No me gusta eso, Kid.

Beery, como casi todos los fuera de la Ley, odiaba al confidente. La aclaración que Pat le hizo hábilmente terminó por convencerle:

—¿Tú has estado en la guerra, Silver?

—¡Hombre, claro! —apuntó, orgulloso—. Desembarqué en Normandía, y fui de los primeros en llegar a París. Y después marché a darle la cara a Rommel. Ese zorro que mandaba el Afrika Corps y que tanto ruido metió coa sus extrañas emboscadas. No ascendí por mis antecedentes; pero salí varias veces felicitado en la orden de mi regimiento... Y bueno; ¿eso qué tiene que ver con lo nuestro?

—Mucho, Silver.

—Pues si te entiendo, que me emplumen.

—Tú luchaste, y sufriste hambre y sed por defender a tu patria, ¿no es así?

—¡Claro! Y pasé días buscando colillas, con cada piojo en mi cuerpo que la barriga de Fletcher resulta pequeña. Si no llega a ser porque uno es patriota y quiera a su tierra, habrían pasado todo eso «los tres o los dieciocho grandes», que lo que es yo...

—¡Ese tipo del capuchón —interrumpió Pat, sonriente, al ver el patriotismo del «gángster»— es un degenerado, que se dedica a vender secretos de su tierra —empleó sus propias palabras—, para que otros países declaren una nueva guerra a Estados Unidos y puedan vencernos! ¿Te gustaría ver otra vez a tantas compatriotas muertas? ¿A tantos pueblos y ciudades destruidos? ¿A tantos niños llorando de hambre y sin padre ni madre? ¿Y que todo esto lo vieras en tu tierra? ¿Te parece que ese tipo es merecedor de que se le respete?

—¡No, maldita sea su estampa! Te obedeceré; pero no respondo, si se pone delante de mí «sobrino». Así llamo yo a mi revólver —aclaró, innecesariamente.

Puestos ya de completo acuerdo, Pat le dijo que le acompañara. Tomaron el ascensor, haciendo el agente un disimulado gesto para que el simpático «botones» no le dirigiese la palabra, por temor a que el chico pudiera decir algo que le comprometiera.

—¿Al «hall», señores? —preguntó, cordialmente.

—No, nene. Llévanos a los sótanos, si te parece. Debe ser un buen sitio para cazar ratas —contestó Beery, creyendo hacer gracia.

—Es simpático mi amigo, ¿verdad, pequeño? —comentó Pat, para desarrugar el ceño del muchacho—. Ese chiste te va a costar cinco dólares, Silver —añadió.

El chasqueado bromista obedeció presto, entregando el dinero al «botones». Cuando ya se dirigían a la calle, Yogata Jones gritó a Beery:

—¡Adiós, señor! ¡Por el mismo precio puede volver cuando quiera!

El «gángster» trató de acudir para castigar la insolencia del «botones». Pero Pat no se lo permitió.



**¡ATENCIÓN!**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!**

triumfa una vez más al crear la inigualable  
Colección

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase de  
públicos como lo es el invencible

**F. B. L.**

## X

### EL TRIUNFO DE LA LEY



E retiró el señor Jefferson a su despacho al final de la cena. Su esposa le siguió poco después.

—Dime, Austin; ¿qué te ocurre? ¿Es que no te gusta que Claire cene fuera de casa? En París y en Washington lo hacía con más frecuencia, y no te importaba. Está en casa de los Sanders. El padre de Diana es amigo tuyo... Pero, bueno, si es por eso, con llamarla con cualquier pretexto...

Ya levantaba el auricular, cuando oyó la voz descompuesta de su marido, con un acento de dureza que jamás le conoció:

—¡Deja el teléfono y lárgate de una vez! ¡Estoy harto de Claire y

de todo el mundo!

La mujer miró fijamente a su marido. Le conocía de sobra para no comprender que algo muy importante tenía que haberle ocurrido. No era posible que se pusiera de aquella forma por la nimiedad que constituía aquella travesura de su sobrina. Además, cuando él le dijo que Claire cenaba en casa de los Sanders no pareció darle importancia.

Mientras la señora Jefferson discurría así, su esposo pensaba en el peligro de muerte que estaba acechando a su sobrina y a aquel esforzado agente federal. No; de ninguna manera podía decirle la verdad.

—Escucha, Austin querido —decía, con dulzura, su mujer—: yo sé que estás preocupado por algo. ¿No puedes decirme de qué se trata? Yo soy tu esposa. ¿Qué mal hay en que me lo cuentes? De esa forma te descargarías de un peso que veo excesivo para ti solo.

—¡Vete, Silvia! No debo hablarte ni una palabra más sobre este asunto. Sí; ya sabes que algo me preocupa. Pero no intentes saberlo todo, porque no te lo diría ni viéndote morir. Ya sabes que tú y Claire sois mi único cariño. ¡Vete! Te lo suplico. O, rompiéndoseme el corazón, tendré que echarte de aquí violentamente.

Se puso de pie, señalando la puerta con el brazo extendido.

Ella, sollozando quizá por primera vez en su larga vida matrimonial, obedeció, sumisa.

Ya en la puerta la tomó en sus brazos, besando las lágrimas que se deslizaban por las aún frescas mejillas.

—¡Benditas lágrimas, si ellas sirven para...! —Iba a decir «la salvación de Claire», pero se arrepintió a tiempo. La besó de nuevo, añadiendo—: Y aún he de pedirte otro sacrificio: debes mostrarte cordial con todos, como si no hubiera sucedido nada. Esto puede durar unas horas o unos días. ¿Lo harás? Sí; sé que lo harás —se contestó él mismo, empujándola suavemente y cerrando la puerta con llave.

En el sótano donde Nadia Welinsky estaba prisionera, las horas transcurrían monótonas.

Charles, el antiguo servidor de los Jefferson, entró dentro de la celda, tornando las debidas precauciones. Abrió el ventanillo, ordenando a Nadia que se retirase de la puerta, situándose en la pared de enfrente. Cumplía las órdenes de su señor a rajatabla.

Una vez que la rusa le obedeció, franqueó la pesada puerta, dejando sobre una silla las viandas que la traía.

—Si desea algo más, pídale ahora. Cuando salga de aquí, no volveré a...

No pudo terminar su frase. Hizo el trágico tránsito de la vida a la muerte casi instantáneamente. Y se llevó en su cerebro el rictus de victoria de la rusa envuelto en una onza de plomo que le entró por la nuca.

Ni siquiera pudo el leal sirviente ver a su matador. Éste, con la cabeza enfundada en una capucha, con sólo dos agujeros para los ojos, se guardó el arma, provista de silenciador. Sin comentario alguno para el asesinato que acababa de cometer, ordenó a la prisionera:

—¡Vamos, no hay que perder ni un segundo!

—¡Gracias, jefe! ¡No olvidaré esto! ¡Me veía con mis huesos en la cárcel!

El enmascarado la acarició un momento la mejilla, mientras que con los ojos recorría su ondulante cuerpo.

—¡Tú tendrás un palacio, donde reinarás conmigo, hermosa!

Sonrió ella, provocativa, y echó a andar tras él, que la condujo a la calleja por donde la habían traído.

—Toma un taxi y espérame en el refugio. No digas a nadie que te he salvado yo. Cuando me veas llegar, sitúate cerca de la puerta secreta y haz lo que te ordene sin titubear. Si me obedeces, seremos millonarios.

—Déjame ver tu rostro... —pidió ella.

—Ya te hartarás de verlo cuando llegue la hora.

—¿Es que no te fías de mí, querido? —preguntó, seductoramente.

—No, preciosa; no me fío. ¡Y lárgate, antes de que me arrepienta de haberte salvado! —contestó, encañonándola con la pistola, que extrajo del bolsillo.

Cerró la puerta, y se dirigió de nuevo a la celda. Sin prisas, procedió a limpiar las huellas de sangre y a poner todo en orden. Con todo cuidado cortó la sangre que aún manaba de la mortal herida del pobre Charles. Haciendo un esfuerzo, se lo cargó al hombro, y salió a la calleja, para depositar el cadáver en un pequeño coche.

Partió con dirección a las afueras de Tokio. Al llegar a un cruce, se metió por una carretera de tercer orden, avanzando despacio, hasta que vio una luz cercana que aparecía y desaparecía. Correspondió a aquellas señales, apagando y encendiendo los faros durante cuatro veces espaciadas. Recibió idénticas contestaciones, y continuó la marcha mientras se colocaba el antifaz.

—¿Sin novedad, jefe? —indagó el individuo que le esperaba.

—Sí. ¿Trajiste el coche?

—¡Naturalmente! Lo robé en la puerta de un teatro.

No habló más el enmascarado. Entre los dos bajaron el cadáver del infortunado Charles, metiéndose con él por una vereda.

—Aquí es, jefe —indicó el hombre.

Un pequeño claro entre la lujuriante vegetación oriental, que no tardaría en cobijar para siempre el cuerpo de una víctima del crimen y la ambición.

Así las cosas, Pat y Beery llegaron a las cercanías del refugio. Sin cambiar palabra, dispusieron a poner en práctica su proyecto.

—Suerte, jefe —deseó Beery, aunque no quería hablar.

Pat no tuvo más remedio que reír. Aquel bruto no era más que eso: un perfecto animal, que no razonaba. De haberle enseñado desde pequeño a trabajar, era seguro que sería en aquellos momentos un descargador de fardos de cien kilos en algún puerto, o estaría manejando pesadas herramientas en alguna fundición.

—Oye, Silver: tú no has asesinado a nadie, ¿verdad?

El «gángster» se rascó la nuca, pensativo.

—Asesinar..., lo que se dice asesinar...

—Bueno; quiero decir, matar a traición...

—¡Eso sí que no, jefe! Yo le he dado «gusto al dedo» bastantes veces, pero a un hombre descuidado o inerme, ¡ni hablar! Eso no me gusta...

—Está bien, muchacho. Tú eres de los míos. Que tengas suerte. Y si hay «baile» esta noche, ten los ojos bien abiertos. Como te toque hacerlo con la más fea, ya sabes lo que te espera.

—Sí, jefe. La más fea es la que lleva la guadaña. Trataré de que no me vea.

Se separaron, después de un fuerte abrazo, tirando cada uno por caminos distintos.

Pat llamó de la manera convenida en la puerta del escondrijo, y

entró.

—Pero ¡hombre, si está también nuestro ilustre Konoye! —exclamó al ver al aristócrata—. Reunión de pastores... Bueno; ¿cuándo empieza la función?

—Puede que no tarde mucho, querido —la respuesta se la dio Nadia.

Solamente los ojos del

«G-man»

expresaros la sorpresa que experimentó. Pero como había poca luz, no pudo la rusa gozarse de ella.

Antes de que pudiera moverse, notó dos cosas duras que se le incrustaban en la espalda.

—¡Quieto, valentón! —Conoció la voz cínica del vapuleado Lawson—. Estoy deseando que me des motivos para apretar el gatillo.

—¡Ah, pero si es mi amigo Lawson! Siento no haberte dado más fuerte. Pero lo tendré en cuenta para la próxima.

—No, «gato»; no habrá otra ocasión para ti. Tú morirás a mis manos, lo mismo que tu hermanito.

Ahora sí que tuvo Pat que poner en juego toda su formidable fuerza de voluntad para no revolverse. Clavándose las uñas en las palmas de las manos y los dientes en el labio, repuso:

—No lograrás ponerme nervioso. De ninguna manera te daré el placer de matarme. Tienes que pagar ese asesinato.

La voz de Nadia se dejó oír, para advertir a Lawson:

—Como dispaes antes de que llegue el jefe, puedes suicidarte, amigo. Desarmad a ese fanfarrón antes de que os dé un susto.

Al instante fue acatada la orden. Owens le despojó del arma que llevaba en la funda axilar y de un pequeño revólver que portaba en la cintura.

—Mirad, muchachos: el «gato» quería dárselas de listo.

—Acércalo a mí —ordenó Konoye.

Le empujó Lawson, aprovechando para darle un buen golpe en los riñones con el revólver.

—Estás alargando la cuenta, canallita —dijo el

«G-man».

—Puede bajar las manos, amigo —intervino el japonés—. Y sentarse. Así le será más difícil su intento de fuga, si es tan

insensato que lo intenta.

—Se nota que es usted más inteligente que sus perros de presa. Pero no crea que lo es mucho —repuso.

—¿No cree que la presencia de nuestra bella colaboradora indica todo lo contrario?

Era sutil la ironía del nipón: pero precisamente por eso hería más.

—El verla aquí, a pesar de lo que la desprecio, me causa casi placer.

De nuevo intervino la rusa, esta vez con más enojo que las anteriores:

—Más sentiré yo cuando te vea morir entre gritos de sufrimiento. Te creíste muy listo, estúpido.

—Acláreme, si puede, lo que quería decir con sus frases anteriores —pidió el barón.

—Sí puedo; pero no quiero. Únicamente le diré que la liberación de esta mujer ha confirmado una tesis que yo tenía. Y añadiré que esta cueva va a ser la tumba de usted y la de estos esforzados paladines del asesinato.

El japonés ofreció un cigarrillo a Pat, que éste tomó, esperando a que le dieran fuego.

—¿Conque mi tumba? ¡Vaya, vaya! Y ¿quién me va a enterrar, usted, señor policía?

Los «gangsters» rieron sonoramente la broma del nipón; pero no sabían que Konoye, a pesar de su tono humorístico, considerábase, en efecto, amenazado de muerte. No en balde era uno de los más expertos hombres del contraespionaje japonés, al que prestó muchos y relevantes servicios. Además, era un estupendo observador y agudo psicólogo.

—¿Quién sabe? —respondió Pat—. En realidad, usted mismo tiene en su mano su vida. O quizá ya sea tarde. ¿Quiere que hagamos un experimento?

—Explíquese, señor Stuart.

Aquel tipo no perdía la cortesía ni en los más extremos casos.

—Muy fácil. Ne tiene más que tratar de marchar. Dígale a Nadia que se va a su casa.

El nipón quedó pensativo un instante. Levantó la cabeza y apoyó las manos en la mesa, como para intentar incorporarse.

—¡Quieto, Konoye! —apuntó la rusa, encañonándole.

—Tú, Owens, regístrale —y dirigiéndose al yanqui—: Sabes más de la cuenta, pero de nada te valdrá.

—¿Convencido, amigo? —sonrió Pat.

—Completamente. Pero ahora ya los dos lo sabemos todo. Lo único que siento es que tiene razón la condesa: de nada nos sirve. Estamos en poder de un loco.

—Eso es cierto. Lo siento por usted. El Japón pierde su mejor hombre en el servicio de contraespionaje...

En aquel momento hizo su aparición el temido jefe, portando una maleta.

—Bien, muchachos —dijo, retirando la silla y la mesa hasta quedar él en la oscuridad—. Poneos los tres frente a mí. Ha llegado la hora de liquidar y...

Del lugar que ocupaba el enmascarado surgió un respunteo de fogonazos a media altura, que alcanzó de lleno a los tres hombres que tan lealmente le habían servido. Se levantó y terminó el cargador de pistola ametralladora, disparando sobre los cuerpos que se retorcían entre espasmos.

—Tráeme a Claire, Nadia —ordenó, riéndose a grandes carcajadas—. Voy a liquidar a los tres juntos. Les tres son tan patriotas, que deben irse en amor y compañía. Pero antes querrán descubrir quién es el misterioso jefe.

—No se moleste, Blake. Tanto el barón como yo lo sabemos perfectamente.

—¡Y yo, canalla! —intervino Claire—. No fue difícil descubrirte. Me di cuenta en cuanto me miraste.

Tus ojos sin lentes eran los que nunca olvidaré. Los ojos de un hombre que enloqueció de envidia, de rencor, de complejo de inferioridad.

—¡Calla, víbora, o te destrozo antes de que sepas que he matado a tu tío!...

—¡Nooo!... —gritó la muchacha, segundos antes de caer desvanecida.

—¡Sí! —continuó el orate—. Los he matado a todos. Me he quedado amo y señor. Ahí en el maletín tengo todo: los papeles de la caja de mi jefe. ¡Mi jefe!... ¡ja, ja, ja!... Yo soy el único jefe. Tengo más de un millón de dólares para disfrutarlos con Nadia. Yo

maté a Charles, a Shore, a mis hombres. Yo fui quien ordenó la muerte del agente del

F. B. I.

Comprendí que su hermano sospechaba de mí. Acepte tu reto y te he vencido. Me ha costado años de fingimiento, de disimulo. «¡El pobre Blake!», me llamaban todos. «¡Es tan tímido!», decía Claire. ¡Y yo estaba loco; sí, loco por ella! Ahora la odio; voy a matarla. La desharé su maldita belleza a tiros. Ya lo sabéis todo. ¡Preparaos a morir, idiotas!

Apuntó primero a Pat, apretando el gatillo con risa convulsiva. La metralleta temblaba, y los balazos no cogieron de lleno al agente. Dos impactos le atravesaron el pecho.

No logró seguir disparando. Beery entró como una furia y descargó todo el peine de la pistola sobre la espalda del enmascarado. La risa del loco se extinguió de pronto, a la vez que se le escapaba la vida por los agujeros de la espalda. La metralleta golpeó el suelo con ruido metálico. Y el siniestro asesino pareció querer abrazar el cuerpo de Pat Stuart, caído segundos antes.

El pistolero se agachó para atender al agente.

—¡Vive, señorita! —gritó a Claire, que había recobrado el conocimiento.

Entonces ocurrió algo inesperado. Nadia quiso aprovechar la confusión para huir. Fue el japonés quien, tomando la metralleta, dijo:

—No, condesa. Usted también tiene que pagar sus culpas.

Sin perder su típica sonrisa accionó el gatillo. Las balas hicieron blanco en el cuello de la rusa. Dio ésta unos pasos, y se derrumbó, aparatosamente. El nipón no se entretuvo. Con paso firme salió a la calle y caminó en dirección a su domicilio.

Al día siguiente, el «Chiba Simbu» daría la noticia de que el barón Konoye se había suicidado, practicándose el «harakiri».

Beery y Claire atendían a Pat. Ni el uno ni la otra pensaron en impedir la fuga del aristócrata japonés.

—¡No, jefe; no te mueras ahora! ¿Qué voy a hacer yo sin ti? —decía el «killer».

—¡Hay que sacarlo de aquí! —opinó la muchacha.

Sin esfuerzo aparente lo levantó Beery. Claire tomó el maletín, y con toda rapidez se fueron a la Embajada en el coche de los

«gangsters».

—¿Qué le ha ocurrido a mi tío? —indagó Claire a uno de los porteros.

—Nada, señorita Fulton. Por lo menos, nada que yo sepa...

La chica entró, seguida de Beery, yendo derecha al despacho. Llamó con los puños y los pies, sin poder gritar por la emoción. Creía que su tío estaría muerto, asesinado por Blake, como éste había declarado antes de morir.

Se abrió la puerta, y pudieron ver que el embajador se llevaba una copa a los labios. La muchacha tuvo una corazonada. Se descalzó un pie. Poniendo toda su alma en lo que hacía, lanzó el zapato, que fue a dar en la muñeca de su tío, haciéndole caer la bebida.

—¿Qué demonio...?

—¿No has bebido o comido algo antes? —preguntó, con ansiedad, ella.

—No, nena. Esa copa la dejó ahí Blake antes de marchar a dormir.

—¡Gracias a Dios! Que analicen lo que se pueda, y verás de lo que te has librado.

Mientras tanto, Beery sostenía el cuerpo de Stuart.

—Bueno, amigos —dijo—: déjense de carantoñas ahora. Se me va a morir el jefe en los brazos.

Mientras que conducían al herido, Claire contó someramente a su tío todo lo ocurrido.

La noche transcurrió angustiosamente, atendiendo a Pat. Se le hicieron varias transfusiones de sangre, con la que le dio Claire.

Hasta bien entrada la mañana no recobró el conocimiento. Al hacerlo reconoció a Silver.

—¿Y Blake? —preguntó, débilmente.

—Tú no hables, jefe. Te lo contaré todo.

Y el pistolero le explicó lo ocurrido desde al momento en que cayó por los dos balazos del enmascarado. Cuando supo que todos habían muerto, dijo:

—Siento que Blake no haya ido a la «silla». De todas formas, ha pagado con su vida... Oye: ¿y Fletcher?

—También está en el otro «barrio». Lo «despachó» el encapuchado antes de ir al refugio —repuso Beery—. La que se

encuentra débil es la señorita Claire; perdió mucha sangre, la pobre.

—¡Eh! ¿Qué dices? ¿Quién la hirió? —se alarmó Pat.

—¡Cálmate, jefe! La sangre te la dio a ti. La mía no servía, ¡diablos!

## EPÍLOGO

El soberbio coche en el que viajaba una juvenil pareja paró en el bordillo de la acera de una calle de Brooklyn.

—Oiga, guardia: ¿quiere hacer el favor? —llamó el hombre.

—Dígame, señor...

—¡Atiza, si es Beery! —exclamó Claire Fulton.

—Sí, señorita. Este cabezota no me dejó en el maletín más que mil dólares; los otros eran de anuncio. Y además, me mandó detener por la Policía de la Embajada, que me trajo aquí. No me han soltado hasta dejarme vestido así.

—¿Y no te alegras, pistolero?

—Oye, jefe: no me llames esas cosas. Si le oye alguien del barrio... Ya sabes que la disciplina, el artículo doce...

El coche partió raudo, dejando de oírse las carcajadas de los recién casados. Beery empezó a reír, como él lo hacía, abriendo mucho su gran boca. En seguida se vio rodeado de gente que le miraba como a un bicho raro.

—¿No han visto nunca reír a un «gángster»? —preguntó, burlón.

—¡Se ha vuelto loco; huyamos! —apuntó uno del corro.

—Sí, hombre, sí, ¡de risa! ¿No lo veis? —Y tornó a pasear.

En la puerta de un lujoso hotel de Broadway volvió a detenerse el automóvil.

—¿Comemos aquí, querida?

Accedió, gustosa, la sobrina del embajador en Tokio.

—El señor Fletcher la espera, señorita Fulton —avisó el «botones» en japonés.

—¡Yogata, qué alegría! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Como usted, señorita; en avión —repuso el simpático japonésito.

—Bueno. Yogata —intervino Pat—. Claire se llama desde ayer señora Stuart. ¿Qué nos recomiendas para el viaje de bodas?

—El Japón, sin duda alguna, señor.

—¡Antes el divorcio! —gritaron al unísono los recién casados.

FIN



COLECCIONES DE  
**EDITORIAL ROLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**WINCHESTER**

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

**VALIENTES**

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

**AVENTURAS DEL F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

**MENDOZA COLT**

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,25 pts.

**EXTRA-OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

**JEQUE BLANCO**

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

**F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !**



## NOTAS

[1] Aristócrata, caballero. < <

[2] Suicidio que consiste en abrirse el vientre con una daga o puñal, que recibe el nombre de «Wikizashi». < <

[3] Caballero ejecutor encargado de decapitar a quien se hace el  
“Harakiri” < <

[4] Oratorio familiar consagrado al dios «Amaterasu,» o dios «Grande del Sol». < <

[5] Fuerzas de ocupación aliadas. < <

[6] Apodo con que se conoce en Tokio a Histosi Narikawa, que fue durante algún tiempo, el Al Capone del Japón. Se dice que era dueño de miles de burdeles, garitos, etc. Se dedicaba al tráfico de drogas, moneda y trata de blancas. Gracias al general Mac Arthur se frenó, en parte, la inmoralidad de la postguerra. < <

[7] Fiesta de la cordialidad. Una atrabiliaria costumbre nipona. < <